

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 26 DE JULIO DE 1886»

NUM. 239

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BERLÍN



LA ESPINA, estatua de Gustavo Eberlein, grabado por Weber

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *La tertulia del alcalde*, por don Fernando Araujo. — *Ricardo Friese* (nuevo pintor de animales). — *La cigarrera*, por doña Emilia Pardo Bazán. — *Ni Rey ni Rogue*, por don Luis Mariano de Larra. — *La música en la paremiología*, por don José María Sbarbi. — *Historias cortesanias* (continuación), vos CARTAS: por don Luis Alfonso.

GRABADOS. — *La espina*, estatua de Gustavo Eberlein. — *Apunte*, de A. Werner. — *La gloria de Dijón*, cuadro de P. H. Calderón. — *Regreso de la fiesta*, copia directa del cuadro de Guillermo Díez. — *Obras de Ricardo Friese: Tigra arrastrándose hacia su presa.* — *León durmiendo.* — *Leopardo descansando.* — *Los bandidos del desierto.* — *Estudios de leones.* — *Rey del desierto.* — *Cabeza de alic.* — *La parisién*, estudio del celebrado pintor Augusto Kaulback. — *Una calle en Egipto*, cuadro de Leopoldo Muller. — *La joven pastora*, cuadro de F. Masriera. — *Idilio*, copia fotográfica del cuadro de Enrique Serra. — *Estudio*, de Rosenthal. — *El santuario invadido*, dibujo de E. J. Gregory. — *Jesús cura a un niño enfermo*, cuadro de Gabriel Max. — *El caballero de la muerte*, reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero. — *Cabeza de estudio*, de Miguel Ángel. — *Jesús curando a los enfermos*, reproducción directa del cuadro de G. Fugel. — *Ah!!!* apunte para un cuadro, de A. Fabrés. — *Pinturas decorativas*, de Arturo Fitger. — *Estudio*, de Rafael Sanzio, copiado del original que se halla en el Museo Albertina de Viena.

NUESTROS GRABADOS

LA ESPINA, estatua de Gustavo Eberlein

El autor de esta lindísima estatua ha dado una prueba de que comprendía, á la par, lo bello y lo cierto. Un joven pastor se siente herido por una espina clavada en el pie. Nada más prosaico como asunto y nada más verdadero que el acto espontáneo de llevar la mano á la parte dolorida. La ejecución pudiera dar lugar á una escultura groseramente realista, si el autor no hubiese tenido talento suficiente para dar forma elegante, bellísima, al acto natural realizado por el joven pastor. No cabe, en efecto, mayor corrección en el dibujo, mayor delicadeza de líneas, mayor espontaneidad en el movimiento: es una obra digna del arte griego, del arte de ese pueblo adorador de la forma, que encontró, en Fidiás y en Praxíteles, el secreto de infiltrar lo sublime del genio en las manifestaciones de los sentimientos más vulgares y hasta menos simpáticos.

LA GLORIA DE DIJON, cuadro de Calderón

El título de este cuadro es un verdadero tributo del artista á la belleza de la mujer representada en su cuadro. La humilde ramillettera hubiese permanecido toda su vida muy distante de la apoteosis, si un pintor de mérito no hubiera reparado en su belleza, noble y simpática. Así la célebre Fornarina habría pasado completamente desapercibida de la posteridad si el divino Rafael no la hubiera retratado en sus inmortales *Madonas*.

Calderón es un artista notable por su brillante colorido y por la delicada ejecución de sus obras. La que representa nuestro grabado fué adquirida por un coleccionista inglés, que dió prueba de buen gusto adquiriendo tan bello lienzo.

REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de G. Díez

Del distinguido autor de este cuadro hemos hablado otras veces. Hoy por hoy figura entre los artistas de primera fuerza.

La idea de una comitiva de campesinos regresando de una fiesta ha sido aprovechada por diversos pintores: los holandeses han hecho primeros con ella. Algo holandés tiene el cuadro de Díez; alguna cosa que, sin ser de Teniers, recuerda á Teniers; una decoración análoga, una alegría parecida, hasta cierta libertad en las actitudes, de que tan pródigo se mostró el típico autor de Amberes. Somos admiradores de Teniers, pues para serlo basta la simple condición de tener ojos y buen sentido artístico; pero si no temiéramos ofender á ciertos maestros para quienes lo antiguo es adorable en el mero hecho de ser antiguo, diríamos ingenuamente que el cuadro de Díez por nosotros publicado, puede sostener la competencia con los primeros cuadros representativos de iguales ó análogas escenas.

UNA CALLE EN EGIPTO, cuadro de L. Muller

Muller es una notabilidad en asuntos orientales; lleva hechos grandes estudios en esos países que baña el sol del Asia y del África, y sus cuadros tienen un carácter que no pueden imprimir al lienzo sino los artistas que han visto y estudiado lo que al lienzo quieren trasladar. Así, en la composición que hoy publicamos, es imposible decir que esa calle es convencional, que esos personajes son copia de fotografías más ó menos directas; antes bien Muller puede repetir lo del Evangelio: *Y el que lo vió, lo afirma*.

LA JOVEN PASTORA, cuadro de F. Masriera

Varias veces hemos dicho que, tratándose arte, la simple reproducción de la naturaleza podría decir mucho á los sentidos, sin decir cosa alguna al sentimiento, cuya excitación debe ser el objetivo principal del artista. Así lo ha comprendido el autor del cuadro que publicamos, en el cual parece haber amontonado voluntariamente dificultades para conseguir su objeto. Una joven pastora, cuyo semblante vemos apenas, unas cuantas malezas y un lujo de pitas, vulgares en nuestro suelo y monótonas en todas partes, han sido elementos bastantes para que Masriera pintara un lienzo que no sólo impresiona agradablemente, sino que se presta á que la imaginación vague por los espacios del idealismo. Esa pastora es joven y el pintor nos deja adivinar, nada más que adivinar, su belleza, no realzada con artificio alguno.

Sola en el campo, tal vez sola en el mundo; rodeada de abrojos, los abrojos del mundo quizás; parece que su mirada, su pensamiento, buscan un más allá, que presiente sin conocerlo. Su corazón la dice que la sociedad no se halla reasumida en el triste campo que pisa un día y otro día, y en alas de un sentimiento mal definido por ella todavía, se lanza en busca de otras impresiones, de otros horizontes, de otra vida, que pongan término á la nostalgia que se ha iniciado en ella.

Esto dice el cuadro de Masriera, y el que lo contemple puede á su sabor forjarse una novela cuya protagonista sea esa pastora; novela que puede empezar en el campo, continuar en el mundo de la mujer caída y terminar en un hospital. En resumen, un lienzo que representa un idilio y deja concebir una pavorosa tragedia.

IDILIO, copia fotográfica del cuadro de E. Serra

El autor de este lienzo es uno de los artistas españoles residentes en Roma que más se ha identificado con las costumbres, historia y naturaleza del antiguo *Latio*. Con lo que existe reconstruye lo que ha existido; con lo que ve, da forma á lo que otros vieron. Dígalo *El árbol sagrado* por lo que se refiere á Roma antigua, y dígalo este *Idilio* por lo que toca á la Edad media romana.

Por supuesto que el *Idilio* existe á lo más en la parte del cuadro que representa á una joven descendiendo las escaleras que conducen

á subterránea fuente. Los tres personajes de la derecha, medio artistas, medio soldados, tipos de esos merodeadores que infestaron un tiempo la Italia, tienen muy poco de *idilios*. Si les fuera permitido trabar amistad, ó cosa mayor, con la pastora, ¡maldito si se ocuparan en grabar iniciales en el tronco de los árboles ó en ceñir con lazos de color de rosa el cuello de los mansos corderos!

El idilio existe mejor en el paisaje, apacible, tranquilo, respirando la calma de la naturaleza en invierno, ó sea en aquella época en que las funciones de la vegetación se verifican donde no llega el ojo profano del hombre. Fuera de esto, el cuadro de Serra tiene una intención que tiende más á Marcial que á Virgilio.

EL SANTUARIO INVADIDO, dibujo de Gregory

El estudio de un artista ha de excitar poderosamente la atención de una niña. Ya se ve... ¡amontonada tantos cachivaches el cultivador de las bellas artes!... ¡tiene tantos libros con estampas que tientan la curiosidad de la rapaza!... Ello es que un taller es una especie de santuario; pero esto se lo pueden ir á contar á las gentes machuchas... Nuestra niña rompe la consigna, penetra en el sagrado recinto, se arrellana en un sillón y satisface por completo su pasión por las imágenes, la pasión favorita de los pocos años.

Este sencillo hecho ha sido dibujado con suma finura por Gregory, mereciendo un éxito en la última exposición de acuarelistas de Londres.

JESÚS CURA Á UN NIÑO ENFERMO, cuadro de Gabriel Max

Como ejemplo de que un mismo asunto, ó asunto muy parecido al menos, puede ser tratado pictóricamente de muy diversa manera y con no menos éxito, publicamos en el presente número este cuadro y otro de Fugel que reproducen las milagrosas curaciones de Jesús.

Ambos lienzos son igualmente notables; pero el de Max se distingue por la extremada sencillez de la composición, que en nada disminuye, antes bien hace resaltar poderosamente la fuerza de ejecución de este ilustre artista. Constituye, en efecto, uno de los mayores méritos de este cuadro la sencillez y parsimonia de recursos de que echa mano el autor para cautivar la atención. Tres figuras, las indispensables, ha pintado Max: accesorios ninguno. Pero cada una de esas figuras es un modelo acabado, perfecto, sublime; Jesús es el tipo de la bondad, la mujer es el tipo de la fe, el niño es el tipo de la inocencia. Como expresión no cabe más allá; como grupo es de una corrección inmejorable.

Max se inspira frecuentemente en escenas bíblicas y es de los pocos artistas que se remontan, en alas del genio, á los espacios donde aparecen los ideales celestes que sólo por un milagro de amor pisan brevemente la tierra.

EL CABALLERO DE LA MUERTE

(Reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero)

Doble interés tiene la lámina que publicamos, raro ejemplar tenido en gran aprecio por los amantes del arte. Con efecto, si notable es en el simple hecho de ser debido su dibujo al precursor del renacimiento artístico, no lo es menos como muestra del grabado en madera, allá por aquellos tiempos en que el buril iniciaba su importante concurso en las manifestaciones del arte y en las demostraciones de la ciencia. En ambos conceptos es obra de Alberto Durero (Alberto Duerer por verdadero nombre), nacido en Nuremberg el año 1471, pintor ilustre, grabador en madera, escultor y arquitecto; de suerte que en su persona se reunieron, aún más que en la de Miguel Ángel, si bien con menos fuerza, cuantas condiciones pueden concurrir en un hombre dedicado á las bellas artes.

Su grabado: *El caballero de la muerte* es uno de los más célebres de este célebre artista. Créese comunmente que ese caballero sea el famoso Franz de Seckingen, que consagró, como Gatz de Berlickingen, al servicio de la naciente Reforma, las postrimerías de la caballería andante. Jinete sobre un poderoso caballo, sigue su carrera con ciega temeridad, en nada obstante la aparición de la muerte y del infierno, de que prescinde por completo, sin merecerle una simple mirada de curiosidad.

Hay quien supone que en esa extraña composición quiso Durero representarse á sí mismo, yendo recto al objeto entrevistado por su genio, sin parar mientes en los obstáculos del camino.

CABEZA DE ESTUDIO, de Miguel Ángel

Sea dicho en honra de la humanidad, el número de los artistas dignos de los honores de la posteridad, no es tan limitado como parece que debiera serlo, dadas las dificultades que obstruyen el camino del templo de la gloria. Muchos é inmortales nombres se hallan escritos con letras de oro en los anales del arte; pero nadie ha superado, nadie ha igualado tal vez, al insigne Miguel Ángel.

Sus obras todas, aquellas al parecer menos cuidadas, tienen impreso un tinte de grandeza, una valentía de concepción, una energía de forma, una acentuación de pasiones tan exclusiva del gran maestro, que con nada y con nadie puede confundirse lo que pasó de su poderosa inteligencia al cartón, al lienzo ó al mármol. Una prueba más de lo que venimos diciendo la tienen nuestros favorecedores en el estudio que hoy publicamos: ante tal manera de sentir y hacer sentir, cabe solamente admirar.

JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, reproducción directa de un cuadro de G. Fugel

En diversos capítulos se refieren los Evangelios á las milagrosas curaciones obradas por Jesús, pero, efecto del mismo laconismo de su estilo, la imaginación del artista experimenta grandes dificultades al dar forma á unos hechos tan parcamente descritos. Esto no ha sido obstáculo para que muchos pintores hayan tratado más ó menos felizmente el asunto; y entre esos pintores merece ciertamente Fugel mención honorífica por el acierto con que ha realizado su propósito.

«Y como descendió del monte (Jesús), le siguieron muchas gentes. Y vino un leproso, y le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.»

«Y extendiendo Jesús la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada.»

El artista ha tratado el asunto de manera que pudiéramos llamar respetuosa; pues sin descartar de él la parte realista de que no podía prescindir, ha conseguido que los deformes sirvan para hacer resaltar la dulce majestad, la noble actitud, la irresistible simpatía que concurren en el protagonista.

Los que suponen tan positivista á nuestro siglo que apenas caben en él las manifestaciones de la inspiración religiosa, pueden convenverse de su error examinando atentamente el cuadro de Fugel.

¡AH!!! apunte para un cuadro, de A. Fabrés

En el apunte de un cuadro está el embrión de una obra inmortal, porque el embrión contiene el germen, bueno ó malo, de todos los seres. El apunte es la abreviatura pictórica de un pensamiento estético, como la abreviatura escrita es el apunte de un pensamiento que no mejorará de condición esencial aun después de haberlo puesto en limpio el más hábil pendolista.

En el apunte de Fabrés que publicamos hay un cuadro abreviado.

Debajo de ese balcón que se halla indicado apenas, ha ocurrido algo no común, horripilante, que ha puesto en los labios de todos los testigos de la escena ese: ¡AH! con que nosotros bautizamos al futuro cuadro, que con ser de nuestro compatriota Fabrés, será, á no dudarlo, un nuevo timbre en su gloriosa carrera.

PINTURAS DECORATIVAS, de Arturo Fitger

Este género pictórico que dió, tal vez más que otro alguno, ocasión á las grandes manifestaciones de Miguel Ángel, de Rafael, de Rubens y otros muchos grandes maestros, había caído últimamente en bastante desuso. Los artistas modernos, en general, desdénaban la pintura mural, ó tal vez se arredaban ante el compromiso de llenar grandes espacios que necesitaban grandes asuntos.

El autor de las dos pinturas decorativas que publicamos ha dado con ellas una prueba de haber estudiado hábilmente el género. Su factura trasciende á Rubens, y este es su mayor elogio.

ESTUDIO, de Rafael

El gran Sanzio no ha conocido superior en el dibujo. Y como el mérito de un dibujante se apreciaba, mejor que de otro modo alguno, en los estudios donde ejercita su talento sin sujeción á pie forzado, de aquí nuestra predilección por esta clase de trabajos artísticos en los cuales el genio de Rafael se revela de una manera aún más espontánea que en sus inmortales lienzos.



APUNTE, de A. Werner

LA TERTULIA DEL ALCALDE

- ¡Buenas noches, señores!
- Muy buenas, D. Emilio! ya hacía tiempo que le aguardábamos.
- Me he detenido algo, lo confieso.
- ¡Siéntese V.! ¡siéntese V.! ¿Le ha ocurrido á V. algo desagradable?
- ¡Oh! nada de eso; he comprado un libro nuevo, me engolfé en su lectura, y no he tenido fuerza de voluntad suficiente para levantarme de la silla antes de acabarlo.
- ¡Usted siempre leyendo! ¿No se cansa usted?
- De ningún modo; nunca se sabe demasiado.
- ¿Y qué libro tan interesante es ese? — preguntó la rubia Matilde.
- ¡Oh! ¡sumamente interesante! Es un bosquejo de las costumbres de la India.
- ¡De los indios! — interrumpió la linda joven. — ¡Oh! ¡Yo no lo leería! ¡Me da miedo!...
- ¿Miedo, de qué?
- ¿Pues no son los indios unos hombres muy malos que comen carne humana?
- No, niña; los indios son muy buenos; tú quieres hablar de los salvajes.
- ¿Pues no da lo mismo?
- De ninguna manera. Los salvajes son gentes sin educación, sin trato social, y los indios son todo lo contrario; los salvajes son los que comen carne humana, aunque sólo los menos.
- ¡Bueno! Pero como los salvajes se crían en la India son indios, — exclamó Matilde, sumamente satisfecha de su argumento.
- ¡Justo y cabal! — dijo D. Emilio sonriéndose. — Estás equivocada: los salvajes no se crían en la India como tú dices; en la India sólo se crían los indios; los salvajes....
- ¡Ah! Se criarán en la Salvajía...
- ¡Ja, ja, ja!
- ¿Pues entonces?... — replicó la joven medio amostazada.
- No hay tal Salvajía; los salvajes viven en todas partes; hoy los hay en América, los hay en Australia, los hay en África y en otros lugares; pero todos hemos sido salvajes.
- ¡Yo digo que no!
- La verdad es, D. Emilio... que dice V. unas cosas... — exclamó el padre de la rubia.
- ¡Pues digo lo cierto, D. Juan! Es claro que ni V. ni yo hemos sido salvajes, pero lo fueron nuestros antepasados.
- ¿De modo que en España ha habido salvajes?
- Lo mismo que en todas partes. Como el hombre no llega desde un principio á todo su desarrollo, de ahí que en los comienzos de todo pueblo el salvajismo haya imperado; comprenderéis ahora que una cosa son indios y otra salvajes. Sin embargo, os diré que no sois vosotros solos los que tenéis esa creencia, sino que han existido hombres ilustrados que confundían también á los salvajes con los indios.
- ¿Y dónde está la India? — preguntó Matilde.

- ¿La India?... Es un hermoso país situado en el Asia.

- ¿Y dónde está el Asia?

- Yo te lo diré. Mira: el mundo se divide en cinco partes: la primera es la Europa, donde nosotros habitamos; la segunda, el Africa, que es donde están los negros, se halla situada al Mediodía; la tercera, que es la América, descubierta por Cristóbal Colón, está al Poniente; la cuarta es la Oceanía, que se llama así por estar toda ella rodeada por el mar y compuesta de islas, entre las que figuran nuestras Filipinas, está al Naciente; y la quinta, que es la mayor de todas y se llama el Asia, está también al Naciente y de allí hemos venido nosotros; todos descendemos de allí.

- ¿Vivían allí Adán y Eva? ¿Estaba allí el Paraíso?

- Sí, allí estaba; la India es una península.

- ¿Y qué es eso?

- Península quiere decir *casi isla*; es una porción de tierra rodeada por todas partes menos por una, de agua.

- ¿Y estaba allí el Paraíso?

- No, pero estaba muy cerca, y aun algunos dicen que allí mismo; pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la India es un país hermosísimo, y sus habitantes deben dar gracias á Dios por lo bien que les ha dotado.

- ¿Pues no son judíos los indios? ¿Cómo han de dar gracias á Dios? - interrumpió Matilde ansiosa de ganar la revancha.

- ¡Si acabaremos de una vez! - contestó D. Emilio fingiendo seriedad, - salimos de un error para caer en otro. ¡No, señora, no! aunque la choque á usted esto: los indios no son judíos.

- ¡Ah! ¿Con que son cristianos? Yo no lo sabía; después de lo que V. nos ha dicho de su país, y de que estuvieron por allí cerca Adán y Eva, y de que no son salvajes... ya me parecía á mí... ¡me alegro! ¡me alegro!

- Siento mucho, querida mía, quitarte esa ilusión; pero la verdad sobre todo, los indios no son cristianos.

- Pues no siendo judíos ni cristianos... ¡á ver qué serán!

- Yo lo sé, yo lo sé, - interrumpió el tío Bolinche, que se las echaba de algo leído, - son... ¡herejes!

- Tampoco son herejes, tío Bolinche, - dijo D. Emilio.



LA GLORIA DE DIJÓN, cuadro de P. H. Calderón

padre de Matilde, alcalde del pueblo donde se verificaba tan entretenida conferencia.

- ¡Son moros! - se atrevió á decir todavía el tío Bolinche, dándose una palmada en la frente.

- Tampoco son moros. Voy á explicarme lo mejor que pueda. Vosotros sabéis que hay más religiones que la nuestra.

- Yo no lo sabía; creí que los que no eran cristianos no tenían religión, - dijo Matilde.

- ¡A ver si te callas y dejas hablar á D. Emilio! - dijo el padre de la joven.

- ¡No, no! Que hablen todos y expongan sus dudas, y así nos entenderemos mejor para evitar errores; unos adoran un Dios, otros otro...

- Pero sólo hay uno verdadero, ¿no es cierto?

- Sí, querida mía; unos adoran al sol, otros á los animales, otros á todas las cosas; son tantas las religiones que existen que para entenderse mejor han tenido los sabios que clasificarlas.

- ¿Y qué es clasificar?

- Yo te lo explicaré con un ejemplo: figúrate que tienes un montón de dinero; allí hay monedas de plata, oro y cobre, onzas, doblones, duros, pesetas, perros chicos y grandes, décimas, cuartos, céntimos, etc.; tú tienes necesidad de contarlos, y para hacerlo mejor pones separada cada clase de moneda, cuartos con cuartos, duros con duros, onzas con onzas, y así sucesivamente. Pues eso se llama clasificar.

- ¡Ah! Muchas gracias, D. Emilio; cuando vaya á contar dinero diré que estoy clasificando.

- No, esas palabras no deben usarse siempre; si dijeras eso se reirían de tí. Como iba diciendo, se han clasificado las religiones para estudiarlas mejor; hay religiones que no admiten sino un solo Dios, y las hay que admiten muchos; las primeras se llaman *monoteístas*, y *politeístas* las segundas. ¿Qué eres tú, Matilde? - preguntó D. Emilio, para ver si la joven había comprendido.

- ¿Yo? Monoteísta.

- ¡Perfectamente! Ahora verás cómo los indios no son cristianos ni judíos; entre las religiones monoteístas está el judaísmo, llamado así porque los que lo profesan vivieron en la Judea en otro tiempo.

- ¡Caramba! - murmuró el tío Bolinche rascándose la frente, - ¡por vida de!... Entonces... no caigo.

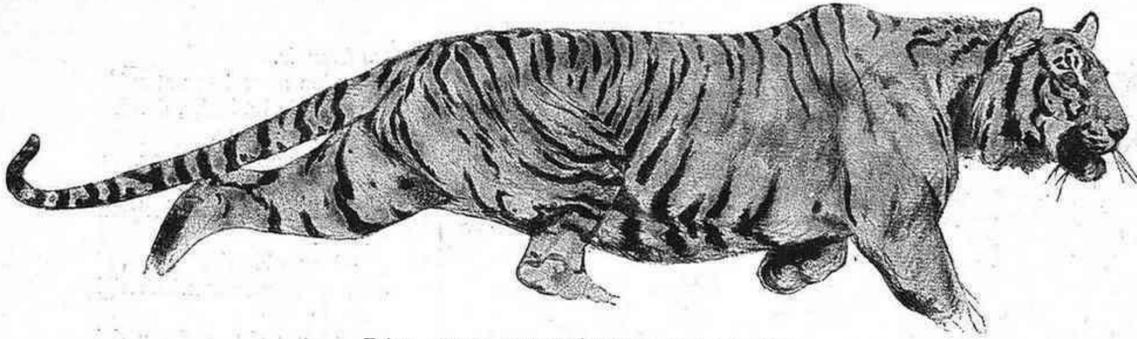
Los tertulianos se miraban unos á otros asombrados.

¡La cosa no era para menos! D. Emilio los contemplaba, sonriéndose con benevolencia.

- Explíquenos V. ese *busilis*, - dijo al fin don Juan, el



REGRESO DE LA FIESTA, copia directa del cuadro de Guillermo Díez



Frieze.—TIGRE ARRASTRÁNDOSE HACIA SU PRESA

profesen, sino porque su ideal es que la profesen todos, porque para todos está hecha y á todos debe ser predicada, según las palabras que antes cité. ¿Está V. satisfecho?

— Sí, señor; y me alegro de saberlo por si acaso.

— Háblenos V. de estas cosas, D. Emilio, — dijo don Juan, — nos gustan mucho.

— Ya sabe V. que para mí no hay mayor placer que enseñar lo poco que sé. Pero me voy, que ya es hora.

— ¡Vaya V. con Dios, D. Emilio! — dijeron todos levantándose, y disponiéndose también á salir los que no eran de la casa.

— ¡Buenas noches, señores!

FERNANDO ARAUJO

— Dispéñeme V., D. Emilio, — interrumpió el tío Bolinche, — que le diga que en España ha habido judíos.

— ¿Quién lo niega? Tú quieres decir que porque no vivan en la Judea no son judíos. ¿Dejarás tú de ser español aunque te vayas á Rusia? Pues bien, los judíos adoran un solo Dios; el mismo Jesucristo fué judío.

— ¡Ave María Purísima! — exclamó Matilde santiguándose.

— ¡Fué judío, sí, señora! No sólo porque nació en la Judea y porque la Virgen que acabas de nombrar fué judía, sino porque profesaba la ley de los judíos. ¿Ves ahora cómo los indios, sin ser cristianos, pueden también no ser judíos?

— Entonces... ¿nosotros somos judíos? — preguntó la joven temblando.

— De ninguna manera; nosotros hemos tomado muchas cosas de los judíos, como por ejemplo los mandamientos; pero no somos judíos, porque creemos en Cristo y ellos no, puesto que le crucificaron.

— ¡Ya, ya lo he comprendido!

— ¡Y yo! ¡Y yo!

— ¡Muy bien! Quedamos en que nosotros somos monoteístas como los judíos, pero nos diferenciamos de ellos principalmente en que creemos en Cristo, y en los Evangelios, y en la misa, y en otras cosas que ellos no creen. Vamos ahora á las religiones politeístas, que son las que admiten muchos dioses; entre ellas se encuentra la que profesan los indios; de éstos unos son *brahmanistas*, y otros *budhistas*, pero lo principal es que todos son *panteístas*.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Ya te lo iba á explicar; pero como eres tan viva de genio...

— ¿No te dije que no interrumpieras á D. Emilio, chiquilla?

— Déjela V., D. Juan; á mí me gusta en estos asuntos la curiosidad, aunque la deteste en otras cosas; mejor es que pregunte, y así nada se escapará sin explicación. La palabra *panteísta* quiere decir *todo Dios*. Los indios creen que todas las cosas del universo forman parte de Dios, de modo que todo lo adoran, hombres, animales, plantas, todo, en fin. Creen también que nuestras almas, después de la muerte, encarnan en otros cuerpos, mejores ó peores, según sus méritos; esto es lo que se llama *metempsicosis* ó trasmigración de las almas. Los indios están divididos en muchas castas, cuatro de ellas principales: los *brahmanes* ó sacerdotes de su religión; los *kchatriyas* ó guerreros; los *vaystas* ó artesanos, y los *sudras*, ó especie de esclavos; los brahmanes son los más considerados y superiores, aunque eso no quita para que un sudra, sin dejar de serlo, llegue á ser rey; de modo que si un sudra ú otro cualquiera ha obrado bien en esta vida, su alma renacerá en el cuerpo de un brahmán, y al contrario.

— ¿Y si llega antes de morir á ser brahmán?

— Eso no puede ser; la palabra *casta*, con que se designan estas cuatro especies de indios, repugna semejante cambio; el que nace sudra, sudra será siempre, aunque llegue á rey; nunca podrá ascender á otra casta, mientras que el brahmán puede bajar, por ciertas faltas, hasta ser sudra.

— ¡Qué chocante es todo esto!

— Ahora choca; pero casi todos los pueblos antiguos vivían separados en castas. Con que, ¿me habéis comprendido?

— ¡Sí! ¡sí! — exclamaron todos.

— Ya veis, pues, que siendo los indios politeístas, no pueden ser ni cristianos ni judíos, que sólo admiten un Dios.

— ¿Y los moros y los herejes, qué son?

— También os explicaré esto para evitar confusión. Con la palabra *moro* se designan vulgarmente muchos pueblos que no son tales moros; sucede con esta palabra lo que con las de judíos é indios. Los moros no son ni una cosa ni otra, aunque pueden ser ambas; este nombre no indica propiamente una religión, sino un pueblo que tanto puede ser cristiano, como judío, como panteísta; sin embargo, os diré que la mayor parte de los llamados moros, si por ellos se entiende los descendientes de los que conquistaron á España, profesan la religión de Mahoma.

— ¿Se llama así su Dios?

— No; su Dios se llama Alah, y Mahoma fué un hombre que enseñó por primera vez esa religión; también le veneran mucho, como nosotros á la Virgen y á los santos, pero no creen sino en un solo Dios.

— ¡Serán monoteístas! — exclamó Matilde, satisfecha de la pronta aplicación que pudo dar á la palabra, cuya conquista había hecho aquella noche.

— ¡Justamente! así me gusta, querida; cuando las jóvenes son aplicadas como tú, honran al que las educa.

— ¿Y los herejes?

— ¡Es verdad,

tío Bolinche! Ya

me había olvidado

de esos señores.

Los herejes

no constituyen

una religión aparte

de las demás;

todas las religio-

nes tienen here-

jesías. Hereje es

todo aquel que,

profesando cierta

religión, se separa

de ella en algunos

puntos, más ó me-

nos esenciales,

que son los que

forman la herejía.

Así tenemos en la religión

católica una multitud

de herejes y herejías

casi desde los principios

del establecimiento

de la Iglesia; unos

no creen en la divinidad

de Jesucristo, otros re-

chazan la confesión,

otros niegan la Tri-

inidad, y casi todos

ellos no admiten la

autoridad del Papa.

Los herejes más notables

de la religión católica

han sido los arrianos

y los protestantes; todos

ellos son cristianos

pero no católicos.

— ¡A propósito, D. Emilio!

¿Qué significa eso de

católicos? — preguntó un

tertuliano que hasta enton-

ces no había despegado

los labios, embelesado

en la contemplación

de Matilde; — es una

palabra que todos

decimos sin saber bien

lo que quiere decir.

— Católico quiere decir

universal. Jesucristo,

al hablar á sus apóstoles,

les dijo: «Id, y enseñad

á todas las gentes.»

De este mandato de

Jesucristo proviene el

que nuestra religión sea

católica.

— Pero, y dígame V.,

¿acaso esta religión es

profesada por todo el

mundo? ¿No acaba V.

mismo de decir que

hay otras muchas

religiones? Si esto es

así, no comprendo

qué quiere decir eso

de católico.

— Ciertamente que

hay otras muchas

religiones, Caleserín;

más le diré á V.: de

los mil millones de

hombres que hay

sobre la tierra, sólo

unos doscientos mil

profesan la religión

católica. Sin interpre-

tación alguna, dejando

á esta palabra su signi-

ficado literal, es claro

por consiguiente que

no es exacta; pero la

universalidad ó catolicidad

no quiere decir precisa-

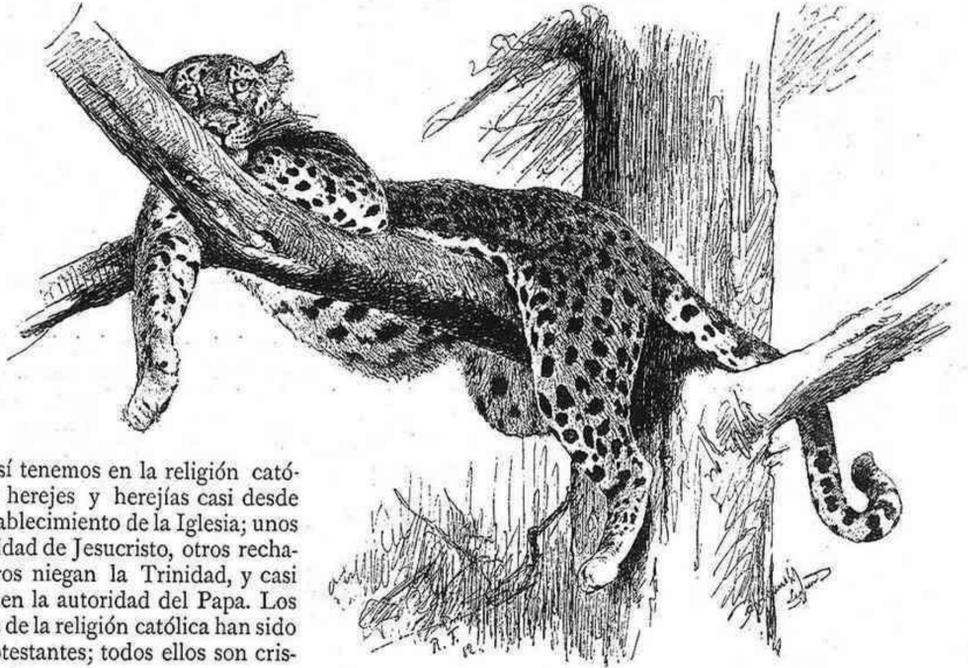
mente que todo el

mundo profese esa

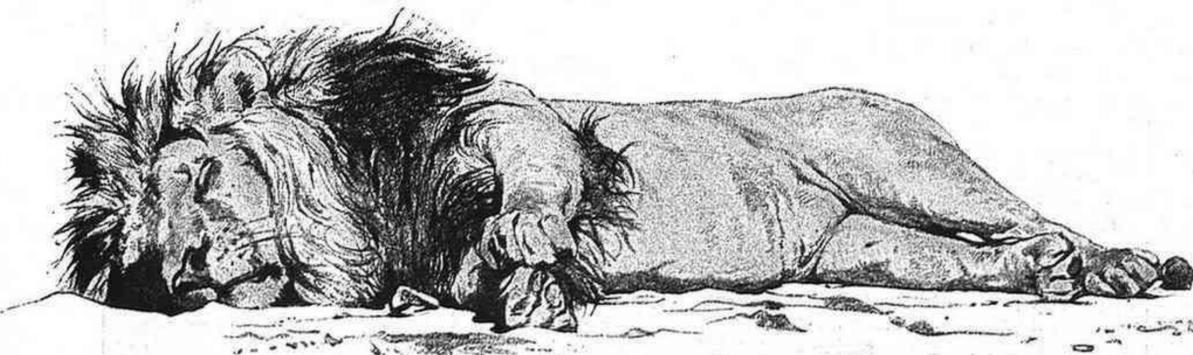
religión, ni tal ha sido

tampoco la intención

de la



Frieze.—LEOPARDO DESCANSANDO



Frieze.—LEÓN DURMIENDO

Iglesia al caracterizarse con esa nota. Lo que V. acaba de exponer lo dicen también muchos hombres que, sin estudiar las cuestiones como es debido, hablan según su

gusto; ya sé yo que V. no lo hace así, sino que esto ha sido una duda que á V. se le ha ocurrido al explicar yo la palabra. La religión católica lo es, no porque todos la

profesan, sino porque su ideal es que la profesen todos, porque para todos está hecha y á todos debe ser predicada, según las palabras que antes cité. ¿Está V. satisfecho?

— Sí, señor; y me alegro de saberlo por si acaso.

— Háblenos V. de estas cosas, D. Emilio, — dijo don Juan, — nos gustan mucho.

— Ya sabe V. que para mí no hay mayor placer que enseñar lo poco que sé. Pero me voy, que ya es hora.

— ¡Vaya V. con Dios, D. Emilio! — dijeron todos levantándose, y disponiéndose también á salir los que no eran de la casa.

— ¡Buenas noches, señores!

FERNANDO ARAUJO

RICARDO FRIESE

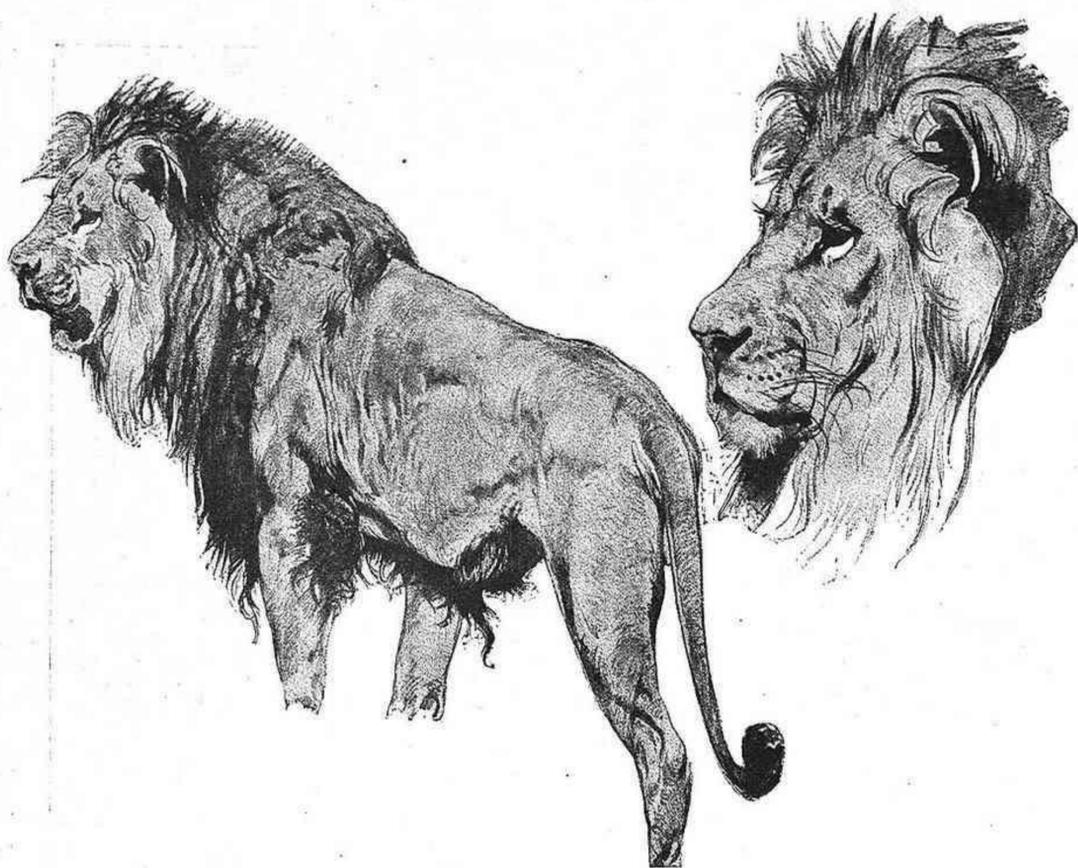
NUEVO PINTOR DE ANIMALES

En ningún país del mundo se protege á los animales tanto como en Inglaterra; en ninguno son tan satisfactorias las relaciones entre el hombre y aquéllos; y en ninguno, en fin, se aprecian tanto las pinturas que los representan. Hasta hay motivos para creer que los artistas ingleses han sido, si no los inventores de ese ramo del arte que se refiere á la vida animal, por lo menos los que le han perfeccionado; y por tal concepto, ningún pintor tuvo jamás en su época tantos admiradores como Sir Edwin Landseer, cuya fama era en su tiempo bien merecida. Sin embargo, la admiración que inspiró, aunque tuviese en sí mucho de razonable, era más bien hija del amor de los ingleses al mundo animal y á la representación pictórica de las relaciones de simpatía que deben existir entre éste y el hombre, que no la expresión de un sentimiento puramente artístico. Durante los últimos años

de la vida del distinguido pintor, y sobre todo después de su muerte, despertóse poco á poco la idea de que su método de retratar animales no era correcto, y que si bien reunía condiciones excelentes, los detalles de las figuras carecían á menudo de verdad y las ideas del artista pecaban de vulgares algunas veces. Lo que más contribuyó á que Landseer obtuviese el favor del público fué una combinación de circunstancias que estaban en armonía con las ideas de los ingleses. El pintor excitó la afición á la caza en muchos, ó halagó los instintos de aquellos que se recrean en la contemplación de la vida animal; muchas veces entretenía á sus admiradores con sus figuras de perros y de diversas especies de cuadrúpedos; y en todos sus cuadros, bien representasen la lujosa mansión señorial ó la humilde cabaña, veíanse siempre perros, mastines ó sabuesos; pero bajo el punto de vista artístico, Landseer, aunque el más popular, no era el más célebre de los pintores de animales. No podía retratar las formas del león ó del tigre con esa viveza y vigor que traspasan los lienzos de Rubens; y hasta es probable que no le fuese posible dibujar el caballo con ese íntimo conocimiento del animal que Wouvermans demostró dos siglos después, así como su contemporáneo Rosa Bonheur. Aunque Landseer se distinguiese en pintar perros domésticos, dudoso es que hubiera sabido representarlos en su estado salvaje con ese vigor y realismo que tanto llaman la atención en la pintura de Snyders, presentada en la última exposición de la Real Academia; y los que concurrieron á ésta podrán recordar cuán pobre parecía uno de los «leones moribundos» de Landseer, comparado con la magnífica leona de su antecesor Jaime Ward. Sólo decimos esto incidentalmente, pues el objeto de nuestro artículo no es, en modo alguno, rebajar el mérito del gran artista inglés, sino demostrar á los que, bien ó mal informados, le consideraban como el príncipe de los pintores, que en otros países hay también algunos que estudian la vida animal con buen fruto y que se han dado á conocer ventajosamente como pintores de animales.



LOS BANDIDOS DEL DESIERTO, cuadro de Ricardo Friese, premiado en la exposición de París



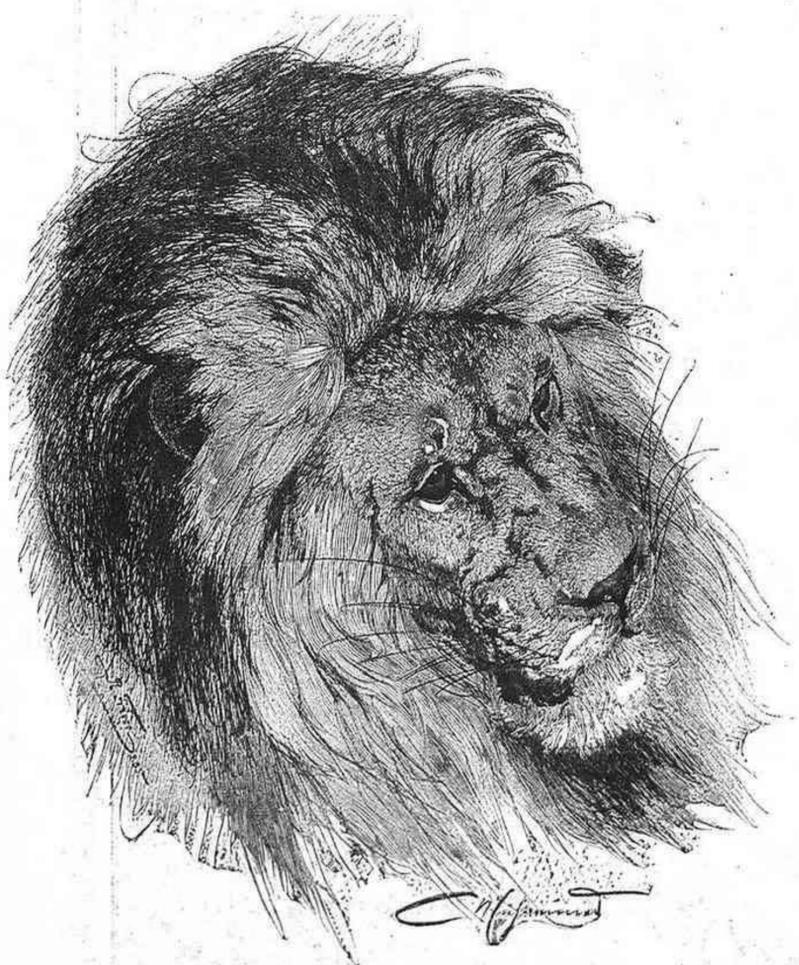
Friese.—ESTUDIOS DE LEONES

Inútil parece decir que este arte no es privilegio de ningún país, ni lo ha sido tampoco de época alguna. En Inglaterra hubo antes de Landseer artistas que pintaron perfectamente caballos, vacas y perros, y que tienen hoy dignos sucesores. Hace un siglo, Jorge Stubbs pintaba los caballos de una manera que reveló a la vez su mérito artístico y sus profundos conocimientos anatómicos; Morland, que era algunas veces flojo en el dibujo, tenía un genio especial para representar los pesados cuadrúpedos de los labradores y los robustos carneros de sus ganados; y no podemos olvidar los perros y gatos de Gainsborough, que parecían vivos en el lienzo. Hemos citado antes a Jaime Ward; y si ahora pasamos a otros países, encontraremos por lo pronto en Francia a Rosa Bonheur ocupándose aún en sus inimitables estudios sobre los animales del bosque de Fontainebleau, que si no tan perfectos en colorido como lo eran antes, se distinguen siempre por su mérito artístico. Van Marcke se hizo notar como pintor de ganados con sus admirables paisajes, en los que representaba vacas normandas. Carlos Jacke es inimitable para pintar carneros; y desde que Millet murió, nadie puede retratar una pastora con su rebaño

sentada en sus cuadros son verdaderos hijos de las estepas, y en esto le imitan los artistas eslavos y húngaros; pero hay muchos alemanes que no siguen el mismo camino, como por ejemplo Camphausen, esa lumbrera de la escuela de Düsseldorf que se extinguió hace poco, Pablo Meyerheim y Kroner, también pintor de Düsseldorf. Sin embargo, estos hombres no son únicamente pintores de animales, sino paisajistas, porque ahora no se puede hacer lo que Jorge Stubbs hizo algunas veces, es decir, pintar los animales y buscar un amigo que se encargara del fondo del cuadro. La pintura debe ser obra de un solo artista, sin colaboradores, como los tenían a veces los holandeses. La habilidad para pintar paisajes, a la vez que los animales que han de comunicarles vida, es uno de los más notables privilegios del hombre que vamos a presentar a nuestros lectores.

Ricardo Friese, cuyo gran cuadro: *Los bandidos del desierto* (así llama a los leones), ha merecido muchos elogios, es un joven pintor alemán residente en Berlín. Nació en 1854 en Gumbinneu (Prusia oriental); después de recibir la educación rutinaria, según costumbre, manifestó en el joven su afición al arte, y obedeciendo a sus inclinaciones optó por el oficio de litógrafo. En 1871 ingresó en el Instituto de Berlín, y poco después obtuvo ocupación en la conocida casa editorial de Winkelmann é hijo. La práctica que allí adquirió le sirvió de mucho, y pronto fué lo bastante hábil para aspirar a una carrera más independiente, sin limitarse a ilustrar libros.

Todo pintor de animales que no se quiera concretar a representar rebaños, caballos, gatos y perros, debe ir a estudiar en el desierto ó en los jardines zoológicos. El Parque del Regente ha servido de sala de estudio a muchos pintores ingleses, desde Landseer a Nettleship, como a los artistas parisienses el Jardín de Plantas y a los pintores cosmopolitas la plaza de San Marcos en Venecia. Herr Friese fué durante algunos años el más asiduo concurrente al Jardín zoológico de Berlín, y los bosquejos que ilustran el presente artículo son una prueba de su actividad y espíritu de observación para el estudio de los animales. Estos bosquejos de Friese forman una pequeña colección, pues el artista tiene la costumbre de llenar pliegos enteros con un mismo dibujo repetido, y en sus álbums se observa lo mismo, porque reproducen siempre lo que el artista ha visto, mezclado a veces con lo que le sugiere su imaginación. Así, por ejemplo, unas veces representa un león lanzándose sobre un antílope; otras, una lucha entre dos poderosos felinos del desierto, ó bien la víctima



Friese.—REY DEL DESIERTO

tan magistralmente como él lo hacía. Si cruzamos el Rhin, veremos que hay una marcada afición a los animales y escenas silvestres. Los caballos que Von Bochmann repre-

ta y el vencedor, y las aves de rapiña cebándose en su presa; pero los dibujos son en general del carácter de los de nuestro artículo, y los consideramos demasiado expresivos

para que sea necesario dar una detallada explicación sobre ellos. Aquí vemos al león bajo tres ó cuatro aspectos distintos, de frente, de perfil, joven y viejo; pero lo más singular es que el artista deja sin concluir algunos de sus bosquejos, resultando varios de ellos sin piernas, ó con éstas sin acabar. Una de las figuras representa al rey del desierto entregado al sueño, y basta ver el dibujo para comprender desde luego su mérito; hay tal naturalidad en el conjunto, que no se puede menos de admirarlo. En otra figura vemos al tigre avanzando cautelosamente hacia su presa: también aquí el dibujo es excelente; y una tercera nos representa al leopardo entregado al reposo, en una actitud que seguramente no permitiría el descanso a ningún otro animal menos ágil y muscular. Esta posición del leopardo, así como también la del tigre, no pueden ser más características, y para convencerse de ello bastaría visitar algunas veces los jardines zoológicos y observar en ellos dichas fieras.

En otro de nuestros dibujos se figura la cabeza de un alce; y para dibujarla, el artista ha debido buscar un modelo, no en los jardines de Berlín, sino mucho más lejos. Sabido es que en Alemania se conservan aún considerables espacios de bosque, en los reales dominios, reservados para las cacerías de la corte; uno de ellos, conocido con el nombre de Henhorster Heide, es una especie de selva que se extiende por el Kurische Haff, no lejos de Königsberg, y en este sitio se encuentra el alce casi en estado salvaje, pues se le conserva para la familia real. Hace un año, cuando el príncipe Rodolfo se hallaba en Berlín, organizóse una gran cacería, y Herr Friese fué invitado a ella para que pudiese estudiar el alce. El más grande de los cérvidos europeos merece seguramente la atención del artista tanto como la del naturalista, sobre todo si se tiene en cuenta que hoy día escasea ya mucho; en Suecia y en Noruega, donde antes era común, se ha de ir a buscarle muy lejos; y en la Prusia Oriental no será muy pronto más que un recuerdo, por más que aun se vean algunos individuos de la especie en los bosques situados cerca de Königsberg y en alguno que otro de la Polonia prusiana.

Digamos ahora dos palabras acerca del cuadro de Herr Friese titulado: *Los bandidos del desierto*; de grandes dimensiones, representa a un león y una leona de tamaño natural; las figuras de estos animales, muy acabadas y de admirable ejecución, revelan el estudio de muchos meses por la minuciosidad de los detalles, y bien merecidos son los elogios tributados al artista. Por lo demás, apenas es necesario indicar el asunto del cuadro: una caravana, in-



Friese.—CABEZA DE ALCE

dicada confusamente en último término, se ha detenido para descansar, y las dos fieras trepan por una roca para reconocer el terreno, ó tal vez acechar la oportunidad de lanzarse sobre algún caballo ó camello de los árabes nómadas. Sin hacer aprecio de lo que es más regular, el artista ha representado los leones y la escena a la luz del día, siendo así que esos animales acostumbran siempre, como todos sabemos, a buscar su presa de noche: tal vez Herr Friese tenga motivos para representarnos a esos animales cazando a la luz del sol. En cuanto a las condiciones artísticas del cuadro, sólo diremos que por su carácter dramático es magnífico, así como también por la perfección y exactitud del dibujo. La actitud del león, que avanza silenciosamente como para lanzarse sobre la presa, es inimitable, y hasta se creería ver en esos temibles seres a nuestros gatos domésticos aumentados por algún enorme microscopio.

El cuadro figuró últimamente en el Salón, y fué premiado con medalla. París no ha podido perdonar aún a los alemanes la invasión de 1870, y parece rehacio para elogiar todo cuanto de ellos proviene; pero en materia de arte, la hostilidad entre los dos países no está marcada como en otras cosas. Los críticos, los artistas y el público se interesaron por el cuadro de Herr Friese, reconociendo que revelaba la presencia de un nuevo pintor de animales, de indisputable mérito.

LA CIGARRERA (1)

Los vicios predilectos de nuestra época se distinguen de los de otras por un carácter que pudiéramos llamar *cerebral*. Gustaban los romanos, por ejemplo, de excitar la oficina de la nutrición, el estómago; pero el hombre moderno prefiere la excitación que se dirige al cerebro, oficina de la inteligencia. Mal acertarían nuestros contemporáneos á prescindir de tres excitantes cerebrales directos, de tres verdaderos *venenos intelectuales*, según les llama un reciente escritor científico, que absorbidos á pequeñas dosis entretienen sus ocios, despiertan su actividad, engañan sus penas: el café, el alcohol, el tabaco.

Si los higienistas y moralistas que proscriben y condenan el uso del tabaco logran salirse con la suya, desaparecerá uno de los más curiosos tipos femeninos: la cigarrera. Porque de la elaboración del tabaco viven millares de infelices mujeres, y este vicio del cigarro es de las pocas malas costumbres masculinas que no redundan en daño del sexo femenino. ¡Cuán escasos recursos brinda la sociedad á la mujer! ¡Cuán contados son los oficios á que puede dedicarse! El de cigarrera condiciona física y moralmente á las que lo ejercen. No es la cigarrera la tosca mujer del campo, de sentidos torpes y obtusos, de tarda comprensión, tímida al par que brutal; es al contrario una criatura lista como la pólvora, de afinados nervios y rápidas impresiones. El trato y roce continuo con sus compañeras la hace sociable y comunicativa; la atmósfera saturada de tabaco, las largas horas de trabajo sedentario, empalidecen su tez y aligeran su sangre; la comida frugal, llevada en un hatillo ó en un cazuelo roto, tragada á medio mascar y á escape, comprime sus vísceras, disminuye su grasa, y da esbeltez á su cuerpo; y el automatismo de la fabricación, la repetición constante de ciertos movimientos, presta agilidad á sus dedos, vigor á sus músculos y fuerza á su brazo.

Observadla en la fábrica, y comprenderéis que de un método de vida tan especial ha de resultar una mujer diversa en cierto modo de las restantes. Empieza la cigarrera su aprendizaje tan pronto como se lo permiten. Entre el mar de cabezas inclinadas sobre las mesas de la labor suele divisarse alguna más chica, cubierta de rubios bucles infantiles, alguna espalda angosta encorvada por el cansancio, la punta de una nariz menuda, una manecita flaca, inhábil aún: es la cigarrera en estado de larva, co-



LA PARISIÉN, estudio del celebrado pintor Augusto Kaulback

menzando á familiarizarse con el oscuro amigo y socio de toda su vida, el tabaco. Andando el tiempo, la niña se acostumbrará á aquella atmósfera densa, impregnada de penetrantes efluvios de nicotina, y no sabrá vivir en otra parte, y allí se estará hasta envejecer y morir, empapada y envuelta en la esencia del tabaco, como la momia en la capa de nafta que la barniza.

Si queréis saber de qué manera se fabrica el cigarro que fumáis, id á esos vastos talleres que sostiene el Estado, colmena inmensa donde las abejas son mujeres, y la miel y la cera puros y pitillos. La operación preliminar es la separación del tabaco, y su *desvene*. Llega la hoja prensada, de Virginia, en grandes panes redondos como piedras de molino, llamados *maniguetas*; ó de Filipinas, en serones cubiertos de *miriñaques* de cañamazo vegetal. Clasificada ya la hoja, siéntanse en el suelo las desvenadoras, y van apartando cuidadosamente la inútil vena,

que antaño se quemaba, y ogaño se vende á fin de que con ella confeccionen en Hamburgo infames tagarninas, fumables sólo para los alemanes.

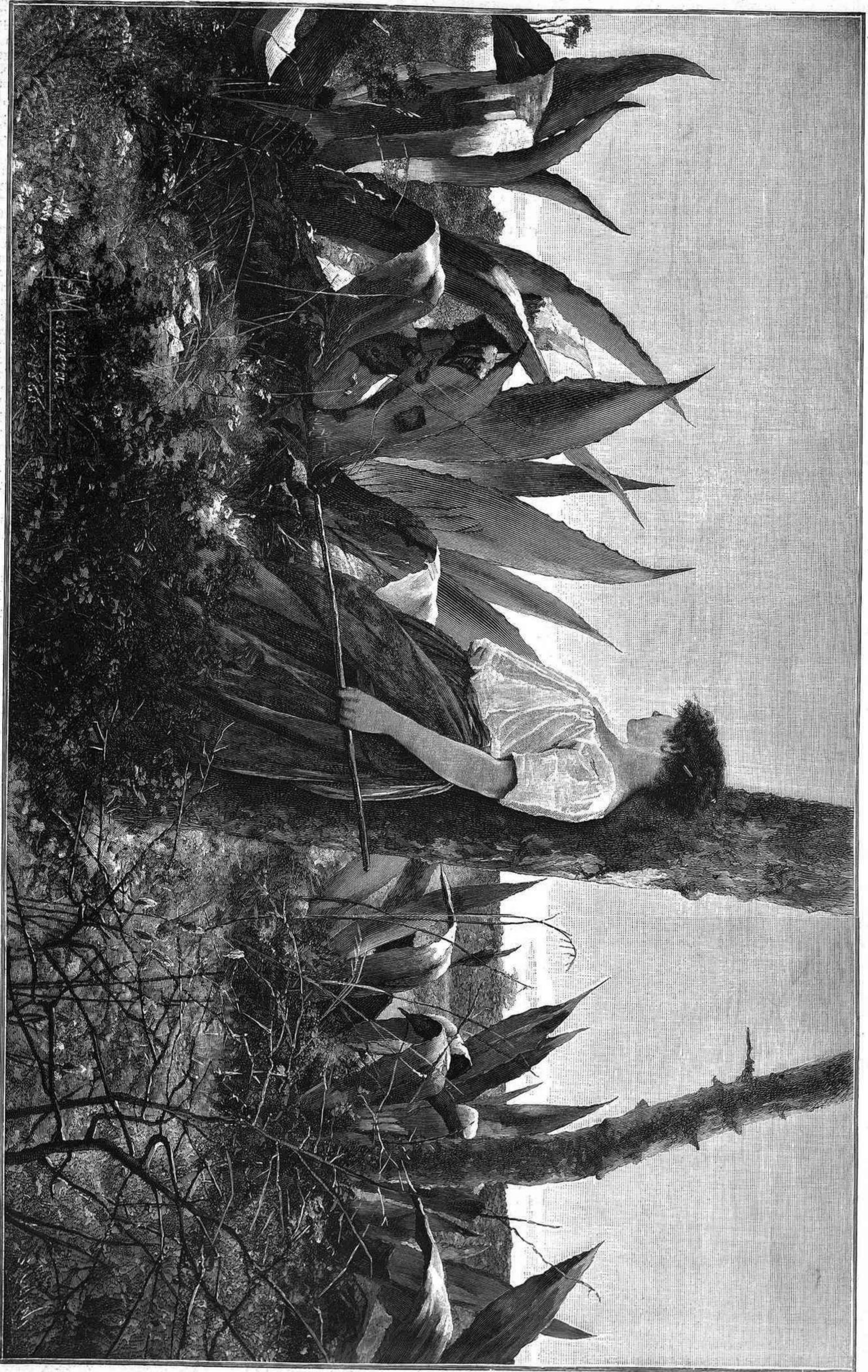
Y aquí cumple hacer una advertencia, siquier parezca impertinente: el Estado español, al cual tanto se acusa, tal vez con justicia en otros puntos, no es reo de las innumerables picardías que se le atribuyen respecto de la elaboración del tabaco. No sólo separa la vena, que en rigor podría utilizar sometiéndola á un picado prolijo, sino que digan lo que gusten los opositoristas por sistema, fabrica lealmente tabacos de hoja pura, sin adulteración ni mezcla de materias extrañas.

Volviendo á nuestra cigarrera, después que ha desvenado, sube al taller donde se confecciona el puro, el pitillo ó la cajetilla de picadura. En el tabaco picado no lo hace todo la mujer: la operación de picar está encomendada á varones, y vive Dios que si lo consintiera la índole de este artículo, yo contaría cómo se verifica en la Coruña el picado, que es cosa que referirse merece: pero quedése para otro lugar. Cuando llegan á envolver el puro, siéntanse las cigarreras á unas mesas largas, formando doble fila: entre mesa y mesa circulan, con grave continente y ojo avizor, las maestras. Cada operaria tiene ante sí un tajo de gruesa tabla, y los instrumentos del oficio: el cuchillo de hoja circular con una breve escotadura donde suele estar el filo; la tijera, la espátula de engomar; el tarrillo de la goma. Si se trata de cigarros comunes de vulgar Virginia, de los que en el estanco cuestan á cuarto y el campesino pica con la uña para liar él mismo su *papelillo*, la fabricación es, aunque diestra, compendiosa y sumaria. Comienza la cigarrera por estirar con la palma de la mano la hoja ancha que constituye la *capa* ó envoltura exterior; córtala en forma conveniente con el cuchillo; toma después otra hoja menos buena y entera para la envoltura interior ó *capillo*, ya existen la epidermis y la dermis del cigarro. En el capillo lía como al descuido la *tripa*, que es hoja más rota é imperfecta aún, y encima enrolla con mayor primor la capa, describiendo una espiral. Luego viene lo difícil, construir la cabeza y la cola del nuevo ser. Requiere la cabeza ó punta gran maña: es preciso que la espiral de la capa termine artísticamente, y sus volutas vayan de mayor á menor, hasta rematar en una punta fina, torneada, aguda y lustrosa: la cola exige un tijeretazo pronto y hábil; no han de quedar rebarbas ni desigualdades de ninguna especie en el corte. Tan cierto es que ambas operaciones piden destreza, que hay cigarreras que, por temblarles el pulso, por cortedad de la vista ó por falta de soltura en los dedos, nunca pueden conseguir ejecutarlas, y dejan el cigarro á medio hacer, liado y sin concluir; á esas envolturas

(1) Artículo tomado de la obra: *Los españoles, americanos y lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.



UNA CALLE EN EGIPTO, según el cuadro de Leopoldo Muller, pintor especialista en asuntos de Oriente



LA JOVEN PASTORA, cuadro de F. Mastiera.



IDILIO, copia fotográfica del cuadro de Enrique Serra, grabada por Sadurní



ESTUDIO, de Rosenthal

empezadas llaman *niños*; y he visto con suma frecuencia madres é hijas que se ayudaban en la labor: la madre fajaba el *niño*, la hija, con mano más hábil, le vestía la toga viril.

Para el cigarro puro de Filipinas, de la Habana, para las aplanadas conchas, los vegueros balsámicos y las deliciosas regalías, los procedimientos de elaboración son en sustancia los mismos, pero más detenidos y esmerados. El pitillo y la cajetilla de picadura se fabrican prontísimamente. Sobre todo, el envase de la picadura es obra de un instante: compiten en celeridad las que construyen los *faroles* con las que los llenan. De aquéllas hay alguna que en los largos días de verano despacha doce mil, y es de notar que para construir cada *farol* ó cajetilla de estraza se necesitan cuatro movimientos consecutivos del brazo y de la mano: multiplicando los movimientos por el número de cajetillas, se comprende que cada cajetillera es una máquina viviente. Las encargadas de llenar los *faroles* han adquirido ya tal tino práctico, que aunque los colman á ojo de buen cubero, pesados después en finas balanzas quizá no discrepen en un milígramo. Viven las cajetilleras en una atmósfera verdaderamente estornutatoria, agitando con los brazos la picadura, hundiéndolos en ella hasta el codo, rodeadas de una nube de impalpable polvo, de menudas partículas que se les cuelan hasta las últimas casillas del cerebro.

Bien puede darse prisa la activa cigarrera, si ha de ganar lo preciso para comer y cubrir sus más apremiantes necesidades. El Estado le paga su labor á destajo, según lo que trabaja, y si sus manos prontas se detienen un momento, si alza la cabeza fatigada para respirar, es tanto como si dijese á los chiquillos que se quedaron en casa esperándola:

— ¡Ea, hoy se ayuna, porque yo descanso!

Demuéstrase en la fábrica de cigarros aquello de que el tiempo es oro, y cada minuto representa una monedilla de cobre agregada al modesto peculio de las operarias.



Pero la distinta aptitud, la mayor ó menor suma de habilidad establecen diferencias notables en la condición de las que trabajan sentadas ante una misma mesa. Ganan las operarias listas hasta quince duros al mes: las holgazanas ó torpes, tres apenas. Es la distancia que media en-

tre la comodidad, casi la holgura, y la penuria y estrechez. Para que una mujer gane esos tres míseros duros, tiene que abandonar de madrugada su hogar, que pasarse el día fuera de él; la criaturita recién nacida se quedó llorando; el fuego no se encendió, ni se lavó la ropa; y al volver á su techo, rendida de cansancio, después de andar quizá legua y media ó dos leguas, no fué lícito á la cigarrera tumbarse en el catre fementido ó en el mal jergón de hoja, sino que hubo de guisar la cena, de salir tal vez al río, para poder mudarse camisa al día siguiente.

Este género de vida exteriorizada, por decirlo así; esta ausencia de la familia, hacen á la cigarrera más atrevida y libre que las otras mujeres del pueblo. De suelta lengua, viva imaginación y genio tempestuoso, la cigarrera suele amotinarse, y es temible la tormenta en el mar femenino de la fábrica, cuyas olas suben y se encrespan rugientes, estallando en gritos, en dicerios, en amenazas furiosas. Mas hay que convenir en que no les falta razón cuando reclaman, en forma menos académica que espontánea, el pago de sus atrasados haberes. Si ellas no cuentan con otra cosa, ¿qué han de hacer más que protestar cuando el gobierno las pone á dieta?

Y no es ciertamente que sean avaras, al contrario. Lo que con tanta asiduidad granjea, lo da la cigarrera con regio garbo y esplendidez. Apenas trascurre semana en que no se hagan cuestaciones en las fábricas, para fines caritativos ó piadosos, y no hay operaria que cierre su exigua bolsa, ni rehuse su dádiva. Dicen ellas que gustosas *se lo sacan de la boca*, por darlo á otro más pobre. Con no menor largueza atienden al culto de las veneradas imágenes cuyos altarcitos se alzan en las salas de la fábrica, á la Virgen del Carmen y á la de los Dolores; á San Antonio de Padua y al Niño Dios no les ha de faltar su novenita ni su función solemne, con mucha cera y manifiesto. ¡Vaya! Para eso trabajan y sudan las cigarreras todo el año, y justo es que se permitan obsequiar á los númenes protectores de su humilde vida. Punto es el de la devoción en que todas andan conformes, desde la más rígida maestra hasta la operaria más inhábil; desde la más timorata *hija de María* hasta la más cruda republicana federal.

Porque la cigarrera, á diferencia de la mujer que vive entre las cuatro paredes de su casa, suele tener sus opiniones políticas como el más pintado, y en su cabeza fermenta la levadura democrática, que abunda hoy en toda masa humana. No profesa la cigarrera un cuerpo de doctrinas enlazadas y coherentes, pero conoce esas ideas que se trasmiten por eléctrico modo en los talleres, en las asociaciones trabajadoras todas. El comerciante que maneja un capital es de suyo conservador é individualista; el jornalero, socialista y avanzado. Si á la condición de jornalero se une la de mujer, y mujer impresionable, resultará un republicanismó efervescente como la magnesia, pero en el fondo bastante inofensivo. Quizás esa unidad de miras, nacida de la igualdad de necesidades; esa común manera de sentir, esa fraternidad impuesta por el acaso que reúne á tantas mujeres en un solo recinto, sea lo que atrae á las cigarreras y les hace amable su tarea y oficio. A despecho del escaso lucro y continua sujeción que impone la permanencia en la fábrica, innumerables son las aspirantes á cigarreras, y pocas ó ningunas las que después de probar aquella vida se avienen á otra. Siéntense apartadas de su familia, es cierto; pero ligadas por misteriosos lazos sociales, por la solidaridad pública de los clubs, de los círculos, de las hermandades obreras.

Fama tiene la cigarrera de hermosa, y en verdad que las hay lindas, sobre todo cuando, despojándose de la librea del trabajo, el ancho casaquillo de bayeta, el pañuelo de cotonía, visten sus atavíos del día de fiesta, la enagua blanquísima con bordados de á terciá, la bata de claro percal, el mantón de Manila ó de alfombra, y rodea su cara el marco de seda del pañolito graciosamente colocado sobre los caracoles del cabello, en abultado moño recogido. No obstante, el oficio de liar cigarros no alcanza, como es natural, á embellecer á las feas, que, en toda asamblea femenina, se hallan en mayoría. Gracias propias y peculiares del estado de cigarrera son, á pesar de todo, un desgaire manolesco, una soltura que, según noté al principio, no suelen poseer ni la aldeana ni la ciudadana que á otras profesiones se dedica.

Mal hace la cigarrera en aspirar á cambios políticos: su papel social es estable: las instituciones de la humanidad pasan, pero sus vicios permanecen. Mientras haya sol que madure el tabaco y hombres que lo fumen, habrá cigarreras.

EMILIA PARDO BAZÁN

NI REY NI ROQUE

(Cuento)

I

REY

Por muy infiel que sea su memoria, ¿quién no guarda entre los más escondidos recuerdos de la niñez el principio de los cuentos con que su madre ó su nodriza predisponía al sueño su espíritu inquieto y su imaginación turbulenta? Casi todos empezaban así: «Este era un Rey...

que luego ó tenía tres hijas á quienes vestir de *colorao*... ó un palacio de cristal... ó una carroza de esmeraldas, etcétera, etc.» Pues de la misma manera comienza hoy nuestro cuento, si más moral en el fondo y más dramático en la forma que los cuentos de la niñez, tan inútil en resultados prácticos como aquéllos: ni el hombre es animal de enmienda en sus pasiones y debilidades, ni ejemplos ó apólogos han servido nunca para corregirle. Hace costumbre de sus vicios, llama desdichas á sus errores, cálculo á sus infamias, destino á sus determinaciones; y cuando los años agriando su carácter y arrugando su rostro le hacen mirar con hastío y desprecio de la vida los pasados derrotados de su existencia, jamás se echa á sí propio la culpa de desventuras y desengaños que hubiera podido evitar ó prever. Y es que tanto le han hecho creer desde niño que el hombre es *el Rey de la creación*, que se aviene siempre muy mal á ser vasallo de nadie; que erige á su voluntad en monarca de todas sus acciones; que pretende avasallar á propios y extraños ante las exigencias de sus gustos ó sus caprichos, y que todo cuanto contraría sus aficiones es para él tiranía ó injusticia. Esta es la historia del hombre; y como esto no es un cur-



EL SANTUARIO INVADIDO, dibujo de E. J. Gregory

so de ética, sino un cuento, dejémos de historias y vamos á nuestro cuento.

Este era un Rey... de donde Vds. quieran. Importa poco el país, y menos todavía la época. Lo que sí importa para la claridad de nuestro relato, es advertir á ustedes que no era un Rey constitucional, como los que ahora se estilan, con sus congresos para hacer leyes, con sus ministros responsables para deshacerlas, con sus consejos de Estado y sus tribunales superiores para resolver conflictos gubernamentales políticos y administrativos; uno de estos Reyes modernos que tienen ocho validos y seiscientos favoritos diputados y senadores en vez de uno que tenían los Reyes antiguos, y que por mucho que mandara, comiera, prevaricara y *favoritase* (con perdón de la Academia Española) había de hacerlo mucho menos que los seiscientos ocho de las monarquías modernas. Además, si la historia no miente, el favorito que tenía entonces cada Rey solía acabar su vida en el cadalso ó el destierro, revertiendo á las arcas reales toda su fortuna debida á la munificencia de su soberano, y hasta que el *valido* nuevo se hinchaba como el anterior, pasaban muchos años de economía pública y de morigeración privada. En una palabra, el Rey de mi cuento era un Rey de verdad. Rey absoluto; Rey de horca y cuchillo; Rey que se hacía y se deshacía él mismo sus leyes, sin ayuda de vecinos; Rey sin más cámaras que las suyas, sin opinión pública, porque entonces el público no se permitía tener opinión; sin la voz de la prensa, sin ninguna de las múltiples trabas que hoy suelen hacer de un Rey constitucional ó parlamentario el único esclavo entre diez y seis millones de hombres libres. En fin: el Rey de mi cuento era un Rey como el de las tres hijas, como el Rey Herodes, como el Rey que rabió, como todos los Reyes que ha habido en el mundo hasta el año de gracia de 1793, en que convinimos en que los Reyes, desde aquella fecha en adelante, sólo podrían ser tales, conformándose con el papel que hacen sus cuatro compañeros, en los cuatro palos de *oros, copas, espadas y bastos*.

Este era un Rey, todo un Rey, lo que se llama un Rey; y naturalmente, un gran Rey; porque en los tiempos de que hablamos todos los Reyes eran grandes. Léanse las crónicas y las historias, y veremos los calificativos que merecían á los contemporáneos sus monarcas: fulano el magnánimo; zutano el conquistador; mengano el dadivoso; perengano el justo; uno santo; otro hermoso; otro deseado; nada tiene de extraño, pues, que el Rey de mi

cuento fuera un conjunto de todas estas perfecciones. Podemos decirlo sin temor de ser desmentidos: el Rey era un bellísimo sujeto, lleno de virtudes públicas y de encantos privados, porque hay que advertir que una de las cualidades que más le distinguían de los demás Reyes de la tierra, era la cualidad que más había distinguido á su compañero Salomón. No la sabiduría, sino su excesivo amor á las mujeres. La verdad, le gustaban las chicas, y nosotros le alabamos el gusto. Ver á una chica guapa y trastornarse el juicio, como al más ligero de sus vasos, era una misma cosa. ¡Y cuidado si había chicas guapas en aquellos tiempos! Casi más que en éstos, que es cuanto hay que decir. Y es el caso que entre todas aquellas chicas guapas, descollaba una como maravilla de su sexo y admiración del otro. ¡Qué mujer! Contaba diez y nueve años, y en su cara, en su cuerpo y en su alma reunía las dos bellezas tan difíciles de encontrar en una misma persona. La belleza de la forma y la de la expresión. ¡Qué líneas! ¡qué contorno y qué gracia! ¡Qué tamaño de ojos y qué mirada! ¡Qué corrección de talle y qué movimiento! ¡qué pies y qué modo de andar! Julia se llamaba, y desde la primera matrona romana de ese nombre hasta la heroína de J. J. Rousseau, no se vió nada parecido. Lo extraño, lo inconcebible es que Julia era hija del pueblo; una muchacha sin maneras aristocráticas, sin los adornos exagerados de la moda, y sin más afeites que el agua clara de los arroyos y sus diez y nueve años. Y sin embargo, ¡qué cutis! ¡qué color de nieve sonrosada el de sus mejillas! ¡qué frescura la de sus labios! ¡qué blancura la de sus dientes! ¡qué encanto sencillo y natural el de toda su persona!

Justo era pues, y así sucedía, que mozos y viejos, ricos y pobres, Rey y vasallos, estuvieran deseando poseer aquellos encantos irresistibles. Por ellos hubiera dado el Rey su corona, el noble sus pergaminos, el rico su oro, el pobre su sangre, y todos su vida. ¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer! Y ella insensible, fría á todas aquellas demostraciones, ni daba qué hacer ni qué decir. Reservada, pero amable con todos; juiciosa, aunque alegre y bondadosa, se dejaba querer y no correspondía, como veremos después, á ninguno de aquellos enamorados. Como el Rey era, entre todos, el que parecía más loco por ella, y como un Rey, sobre todo en aquel tiempo, era el partido más ventajoso, natural es que por él empezemos. Dádivas y regalos llovían sobre Julia... nada; joyas, flores y músicas encontraba por todas partes... menos. El Rey erre que erre; Julia llámalo h... y así pasaban días, y la real pasión no adelantaba un paso. Harto por fin el Rey de desdenes y convencido de que ninguna mujer debía resistírsele, decidió atropellar respetos sociales, y tendiendo á su adorado tormento un lazo, á que se prestaba su soledad y su pobreza, logró verla encerrada y sola en su poder, sin más amparo que el de Dios y el de su combatida virtud. Y cátafe á Julia favorita de un Rey, si Julia no hubiera sido una mujer como pocas. El Rey recibió unas calabazas mayúsculas y tantos arañazos, mordiscos y empujones cuando quiso pasar á mayores, que tascando el freno, y cubriéndose el regío y aporreado rostro, se retiró á un rincón del Palacio avergonzado y cariacontecido.

— ¡Julia rechaza la fortuna y el poder! ¡Julia no quiere ser la amante de un monarca! ¡Julia no acepta el amor de un Rey tan grande, tan magnánimo, tan magnífico! ¡Es inconcebible! Sin duda la virtud de Julia prefiere un modesto y humilde marido á un amante por grande y poderoso que sea. ¿Por qué no ha de ser ella una de esas matronas, cuya honradez tiene algo que no se explica y que se escapa á todas las inteligencias? ¡Hermosa Julia! ¡Desventurado Rey!

Así exclamaban los cortesanos pensando distraer á su afligidísimo y desairado monarca. Y no faltó viejo camas-



JESÚS CURA Á UN NIÑO ENFERMO, cuadro de Gabriel Max

trón, que enterándose minuciosamente de esta aventura, exclamó sonriendo con cáustica malicia:

— ¿Qué demonios es esto?

II

ROQUE

¡Qué alegría la de Roque! ¡qué felicidad y qué contento el suyo! Aquella noticia corriendo de boca en boca; aquellas reales calabazas, elevadas á la categoría de cachetina por las manos más torneadas del reino, sobre las reales mejillas, eran otras tantas satisfacciones íntimas, que apenas podían vivir ocultas en el enamorado pecho del labrador afortunado. Y decimos afortunado, porque el pobre Roque convertía todo esto en sustancia para sus honrados y religiosos planes. Amaba á Julia con locura: decíasele sin cesar á todas las horas que se lo permitían sus labores del campo; y claro es que si Julia había rechazado el amor y las riquezas del Rey era porque prefería ser la esposa honrada del honrado Roque. Como él opinaban todos sus amigos; en Roque se fijaron todas las miradas; en la boda de Roque y Julia concluían todos los comentarios, y el Rey mismo, á pesar suyo, poniendo á mal tiempo buena cara, se dijo en un monólogo que la virtud es en el mundo más grande que la corona, y que si Julia era Reina de la honradez, al Rey le correspondía antes que á nadie patrocinar y honrar aquel majestuoso matrimonio. A todo

su espalda y sus faldones. ¡Qué de ramos entrelazados! ¡qué de palmas y de cifras! ¡qué de hojas y de festones! Con el oro de aquella casaca había para mantener quince meses á quince familias pobres.

Despedirse el cortesano de Roque, y empezar éste á no tenerlas todas consigo, fué una misma cosa. Vinosele á las mientes el desaire de Julia; dudó de la magnanimidad del gran Rey; y de deducción en deducción y de sospecha en sospecha, vióse colgado de un palo en cualquiera de los caminos reales, para escarmiento de súbditos atrevidos y de vasallos irrespetuosos. Pueden Vds. figurarse cómo temblaría el labrador infeliz al verse frente á frente del poderoso monarca.

Para vergüenza del juicio humano, el Rey, aunque en lenguaje algo irónico, y no desprovisto de despecho malicioso, elevó á Julia á la categoría de las Lucrecias romanas y de las Susanas hebreas: deseó á Roque en su matrimonio todas las felicidades que suelen faltar á los casados, y se ofreció desde luego á ser padrino de la boda, regalando á la novia diez mil maravedís de dote, y nombrando á Roque jardinero mayor de los sitios reales, y autorizándole para que hiciese públicas las mercedes del Rey, la virtud de su futura y su próximo matrimonio. En esto insistió el Rey muy particularmente: quería cuanto antes, según parece, elevar entre Julia y su desdichado amor un muro religioso que contuviera sus culpables apetitos, y una valla social que refrenara su mal olvidada pasión. No faltaron, sin embargo, almas protervas que con

esto Julia no decía una palabra. Dejábase querer por Roque como se había dejado querer por don Enrique I ó D. Rodrigo IV ó D. García XIX, como Vds. quieran, que ni el nombre del Rey está averiguado, ni importa nada para nuestro cuento: Como el amor propio del hombre no tiene límites, y como Roque no podía concebir la conducta sublime de Julia, sino dándola por causa el placer con que la honrada doncella aceptaba su honrada mano, comenzó á prepararlo todo para su próximo casamiento, y á voz en cuello y á todos los que querían y no querían oírle, les contaba lo grande de su amor, lo inmenso de su felicidad y lo justificadísimo de sus esperanzas.

Y Julia, á todo esto, ¡baila que baila! sonriendo al uno, riendo á carcajadas con otro; seria y grave en la iglesia; decidora y bachillera en la fuente, alegre y atareada en el río; fuerte con su virtud, contenta con su hermosura, conforme con su pobre medianía, altiva con los grandes, amable con los pequeños, caritativa con los pobres: conjunto hermoso, en fin, de la juventud y la belleza, y rica muestra de lo que sería sin duda el mundo si todos los seres humanos fueran siempre jóvenes, buenos y hermosos como Julia.

Figúrense nuestros lectores la sorpresa de Roque, cuando una tarde al volver del campo se encontró en su modesta vivienda con un personaje lleno de bordados en la casaca y de plumas en el sombrero que le entregó un pliego cerrado y en el que sobre un plastón de lacre rojo brillaban estampadas las armas reales.

— ¿Para mí? — dijo el pobre hombre, aturdido por la sorpresa.

— Para vos, — contestó el personaje; y abriendo el pliego con mano trémula, leyó, ó deletreó mejor dicho el humilde Roque que el Rey (q. D. g.) le había concedido para el día siguiente una audiencia... á él, que jamás la había solicitado.

— ¡Yo en palacio! ¡yo hablar al Rey, yo sin más vestidos que mi zamarra de los días de fiesta!

— Nada de eso importa, — le respondió el personaje. — El Rey os aguarda mañana. Como S. M. es quien quiere habláros, vos no tenéis que hacer más que escucharle y obedecerle. Dios os guarde y sed exacto.

Dió media vuelta y salió de la casa de Roque, quien si mucho se había admirado al ver los bordados de la casaca del palaciego por delante, aun más se admiró de ver los que tapaban

torcida intención creyeron ver en el deseo del Rey, un modo más fácil de llegar al corazón de la desdenosa Julia, y quizá el proyecto de contentarse con ser plato de segunda mesa, ya que Roque iba á ser el legítimo dispensero. Opinaban muchos que una vez casada Julia con su rústico labriego, no podría rechazar las asechanzas soberanas, y muchas amigas suyas (que para esto de pensar mal unas de otras siempre se pintan solas) llegaron hasta á suponer que todo esto era un plan combinado entre S. M. y la encantadora doncella. Que ambos querían quitar el escándalo á sus amores, y habían elegido á Roque para víctima expiatoria de la vindicta pública. Por esta vez, los malos pensamientos eran infames é injustos. El Rey quería ser un protector desinteresado, y hacer ver á Julia que su posesión no le importaba un bledo; Roque tenía á Julia por una santa impecable y no la creía capaz del más pequeño pensamiento pecaminoso... y Julia... ¡oh! Julia, en cuanto á esa, escuchó á Roque á su vuelta de palacio; sonrió al saber lo de su dote; rióse un poco más al oír lo del nombramiento de su futuro, y soltó la carcajada del modo más franco y estrepitoso al escuchar que la boda había de celebrarse inmediatamente. ¡Diantre de risa y de muchacha!

III

NI REY NI ROQUE

Era la víspera del día señalado para la boda. El novio y el padrino, venciendo en breves días todas las dificultades, uno con su amor impaciente y otro con su celoso poderío, iban á realizar antes de veinticuatro horas sus esperanzas más halagüeñas. Martes era, por cierto, y el miércoles á las doce del día, en plena catedral, y entre músicos y alabarderos, sacristanes y cortesanos iban á pronunciarse por los frescos labios de Julia el *si otorgo, si admito y si recibo* que precede á la bendición nupcial en los matrimonios católicos y que no recuerda sin terror el infeliz que una vez los ha pronunciado. La noche había tendido sobre la capital su negro manto, y *sin embargo llovía*, según la célebre frase de una olvidada novela. Todos habían ya buscado en su lecho el descanso reparador de las fatigas diarias, y ninguno de nuestros tres personajes había aún podido pegar los ojos. Daba vueltas el Rey entre la bordada batista de sus reales sábanas, pensando, mal su grado, en el lecho nupcial de Julia, donde á la noche siguiente iba á ser el zafio, el ordinario y el zopenco de Roque, el más dichoso marido de los mortales; mientras él, con todo su poder, su riqueza y su omnipotencia, no había podido conseguir de la hermosa vasalla ni la más inocente de sus caricias, ni la más efímera de sus sonrisas. ¡La cosa no era para dormir... francamente!

Entre sus morenas sábanas de algodón grosero, daba vueltas y vueltas el tostado cuerpo de Roque, pensando en la noche próxima, y temblando á la idea de ser perpetuo dueño de aquella mujer encantadora, que según él, dormiría á aquellas horas con el sueño de los ángeles y de las vírgenes.

— ¡Quién más feliz que yo, — exclamaba el labrador, — cuando llevando á mi mujer del brazo, oiga las frases de envidia de amigos y convecinos! ¡Quién más venturoso, cuando de ese árbol verde y robusto empiecen á salir retoños, todos parecidos á su padre, y pruebas vivientes todos, del mar de amor y de delicias en que desde mañana vamos *ella y yo* á navegar para siempre!

Entre sus sábanas de blanquísimo, aunque áspero lino, daba Julia vueltas y vueltas, más agitadas y más rápidas que las de sus dos enamorados. Su hermoso cuerpo parecía presa de una crisis nerviosa, y su blanquísimo é intacto seno, cuya vista hubiera enloquecido al hombre más frío de la tierra, se estremecía visiblemente á impulsos de los continuos latidos de su corazón. Su cabeza, apoyada en una de sus lindas manos, parecía querer salirse de la almohada y todo su ser estaba reconcentrado en su oído, que quería atravesar el espacio, esperando no sé qué ruido extraño y misterioso. Sus ojos, medio velados por la emoción, vagaban por los espacios imaginarios



EL CABALLERO DE LA MUERTE, reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero, grabado en el siglo XV

del deseo, y su pensamiento, reconcentrado en una sola idea, daba á su fisonomía una quietud marmórea y persistente. Hasta su misma boca, aquella boca hechicera, camarín misterioso de caricias futuras y fuente inagotable de temblorosos besos, aparecía cerrada convulsivamente, sin que la más tenue sonrisa entreabriera los rojos labios. A cada campanada con que el reloj lejano marcaba el curso tranquilo de las horas, un movimiento impaciente de las cejas, que se comunicaba como por hilo eléctrico á todo su cuerpo, descubría uno de sus encantos: y ya era el mórbido brazo quien agitaba con ademán convulso el embozo del lecho; ya era el diminuto pie quien parecía querer saltar al suelo; ya era el destrenzado cabello rubio como el oro quien se desparramaba en rizados naturales sobre la colcha azul de la cama deshecha. Jamás había visto nadie á Julia en aquel estado; nunca ojos humanos contemplaron hermosura más intranquila ni belleza más deslumbradora.

De pronto, un rumor, imperceptible casi al oído, pero claro y distinto para el alma, llegó al oído de Julia. Escapóse un grito de felicidad incopiable, sus labios temblaron, estremeciéndose de placer su cuerpo entero, y ocultando su rostro entre las sábanas y escondiéndose casi de sí propia, se acurrucó en el lado de la pared. Entreabrióse la puerta de la alcoba; la silueta de un buen mozo apareció en el quicio, y la lamparilla que esparcía por la habitación una claridad velada se apagó como por encanto...

A la mañana siguiente la casa de Julia estaba deshabitada. El pueblo se arremolinaba buscándola por todas las habitaciones: allí estaban... los muebles... pero el pájaro había volado. ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Eso preguntaban Roque y el Rey: Roque mesándose los cabellos; el Rey mesándose las barbas.

¿Con quién? — Del brazo de un hombre más feo que Roque, y naturalmente, más pobre que el Rey: que no había ofrecido ni su mano como el labrador ni su fortuna como el monarca.

¿Por qué? — Porque le amaba con toda su alma y porque era suya hacía tiempo sin que nadie en el pueblo lo sospechara.

¿Cómo? — Con la ropa puesta, y más alegre que unas Pascuas.

¿Cuándo? — La misma víspera de su matrimonio, mientras Rey y Roque pensaban en ella.

Alzaron todos las manos al cielo en señal de sorpresa y abatimiento; y el Rey, que era sin duda el más instruido de su reino, murmuró entre dientes el siguiente aforismo:

— Pues señor, está visto: para una muchacha enamorada de veras, ni hay leyes, ni conveniencia, ni virtud, ni riqueza, ni opinión; para las Julias de esta tierra, no hay oro, ni matrimonio, ni Rey, ni Roque.

LUIS MARIANO DE LARRA

LA MÚSICA EN LA PAREMIOLOGÍA

Como sea una verdad acreditada por la experiencia, que *de músico, poeta, y loco, todos tenemos un poco*, convinimos otra noche en sujetar las propuestas de nuestros *Juegos de Refranes* á la jurisdicción de la *Música*, y así se llevó á debido efecto. Instalados en la sala los tertulianos de costumbre, si bien en menor número que otras veces, dimos comienzo á nuestra recreación, obligándonos como en las noches anteriores, y contra todo el torrente de mi gusto, á ser el iniciador del acto, á pretexto de inspirarse en el plan de las propuestas; cosa que ya no tenía defensa, pues, en mi juicio, con lo ya practicado anteriormente bastaba, y aun sobraba. En puridad de verdad, lo que creo yo es que cada cual quería tomarse el mayor tiempo posible para ir haciendo su composición de lugar. Sea de ello lo que quiera, el caso es que *velis nolis* tuve que acceder á la pretensión general, por lo que, sin hacerme más de rogar, y á fin de no pagar por parte mía tributo al refrán de *malo, y rogado*, dije así:

— *Estar tocando el violón.*

Frase proverbial á que no han dado cabida en su Diccionario los señores académicos de la

Española, seguramente por no ser profesores de ese instrumento, y con la cual se moteja á alguna persona de hallarse sumamente distraída ó embobada, hasta el punto de no hacer alto en lo que pasa á su alrededor (1).

En mi concepto, el origen de esta frase es una alusión á otra alusión. Me explicaré. El pueblo español, por efecto de lo cálido de su clima, es naturalmente propenso á dar remontado vuelo á su imaginación, y en consecuencia, inclinado á expresarse por medio de metáforas y alusiones. Ahora bien, no teniendo que ver absolutamente nada el *tocar el violón* con la idea que envuelve la frase metafórica que nos ocupa; ostentando el individuo que tañe dicho instrumento la misma posición de brazos y parecido movimiento en las manos que la persona que *hila*; y siendo sinónimas para el caso las locuciones *tocar el violón* y *estar hilando ó jilando*, como dice nuestro pueblo, de donde *jiló, jiló, jilito y jiloyo*, creo que esta segunda frase ha dado origen á la primera, y, por lo tanto, que ésta es una alusión á aquella otra alusión, como dije en un principio.

Dije, y dirigiéndome á cierto caballero muy instruido, como persona que había leído y viajado mucho, y además algo entrado en años, se expresó con el acierto y oportunidad que el juicioso lector podrá deducir del siguiente relato:

— *Los órganos de Móstoles.* Denota esta frase proverbial que algunas cosas están colocadas sin la igualdad ó buen orden que debieran tener.

Tal vez aluda á la mala disposición en que se encontraría, cuando se inventó este punto de comparación, el órgano de la iglesia de aquel pueblo, distante unas tres leguas de Madrid; ó á cierto artificio allí usado para enfriar el vino, el cual, por componerse de varios tubos ó cañones de diversos tamaños, aunque dispuestos sin orden

(1) Efectivamente, no constaba entonces semejante locución en el Diccionario oficial, en el que figura desde el año 1869, ó sease desde la undécima y hoy penúltima edición.

ni simetría, presenta en el interior algún parecido con el rey de los instrumentos.

Sin embargo, la versión más válida hoy por hoy en aquella población es, que en cierta ocasión existió allí un cosechero de vino que ganaba cuantiosas sumas en la venta al menudeo del rico producto de sus viñedos, los cuales ocupaban el espacio de una legua que se extiende entre Móstoles y el río Guadarrama. La plaza de Móstoles declina de poniente á oriente, y el bueno del cosechero tenía en la manzana de la parte alta su bodega y en la de la parte baja el despacho de vino, el cual consistía en una pieza anchurosa llena de bancos y mesas, á la que venían á parar las distintas clases de vino por medio de otros tantos grifos ó llaves al remate, los cuales tubos, así por el aspecto que presentaban como por el ruido tan desapacible que producían al ser conductores del zumo de la vid, dieron probablemente margen á la locución que acabo de enunciar.

Habiendo terminado, y recibido una con digna salva de aplausos, como quiera que *los extremos se tocan*, dirigióse el citado sujeto á un chicuelo, que apenas rayaría en doce abriles, el cual, con el desparpajo del mundo, dijo:

— Eso de órganos me trae á la memoria el dicho de *tener las tripas como cañón de órgano*, que se aplica á la persona que no ha comido, como me pasa á mí el día que me dejan penitenciado en el colegio sin comer, ó, cuando más, á pan y agua.

Si esta expresión se halla, ó no, en el Diccionario de la Academia, es cosa que lo ignoro, y que me abstendré de ir á averiguarlo, porque nuestro catedrático nos tiene prohibido terminantemente que consultemos ese libro, pues no cesa de decir que con él se aprenderá cuanto se quiera, menos á hablar la lengua castellana. *Dixi*.

Manifestáronle al rapaz, después de haberlo aplaudido como se lo merecía, que invitara á la persona á quien gustase á que propusiera su cuestión; y dirigiéndose á una viudita novel, prorrumpió ésta con voz trémula y sentida en las siguientes palabras:

— *Para música vamos, dijo la zorra*. Así se suele decir á la persona que pretende distraernos de alguna ocupación principal, como me sucede á mí en este momento, que, por mucho que quieran divertirme, cada día lloro más á mi difunto esposo.

— Hija mía, — repuso á la sazón con voz cazcarrienta una señora ochentona, viuda de un capitán de fragata que ganó el grado en la batalla de Trafalgar, — V. es jo-



CABEZA DE ESTUDIO, de Miguel Angel

ven todavía, y con el tiempo se irá haciendo á los golpes, si ya no es que se presente antes algún buen mozo que se preste á compartir su quebranto.

Esto lo dijo con cierto retintín, por cuanto se susurraba que había quien, apenas muerto el consorte, pretendía elevar el memorial á la individua en cuestión aspirando al puesto vacante, por tratarse de una joven honesta, guapa y rica; y como quiera que la mujer, aun en edad avanzada, suele mirar con no mucha caridad que diga-

mejor ó peor fortuna frases tales como las siguientes, y otras que al cabo de tanto tiempo no me es dado conservar en la memoria:

Música que no he de oír, que la pague quien la oiga. — De los hechizos de amor, la música es el mayor. — Eso es lo mismo que dar música á un sordo. — La música las fieras doméstica. — Irse todo entre músicos y danzantes. — Estar más alegre que unas castañuelas. — Tocar el bajón. — Cuando pitos, flautas; cuando flautas, pitos. — Música ratonera



JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, reproducción directa del cuadro de G. Fugel

— *Todo eso es música celestial. — El músico que más sabe, no sabe comunmente más que Música....*

Omitiré el relatar aquí las versiones que se dieron a todas y cada una de dichas locuciones musicales, en obsequio a la brevedad, consignando tan solamente la que se dió a las dos últimas en atención a la curiosidad que distingue a la primera de ellas y al interés que encierra la segunda.

El disertante sobre aquélla, dijo así:

— *Todo eso es música celestial, es frase con que damos a entender en el estilo familiar que no damos crédito a lo que escuchamos, ó a las promesas que se nos hacen.*

En mi concepto, debe de haber dado origen a esta locución la ridícula escuela de los preceptistas antiguos, empeñados en deducir los intervalos de la gama ó escala musical, de la distancia que existe entre los cuerpos celestes que componen el sistema planetario.

Y así es la verdad. Si el sujeto que en tan acertados términos se expresó en aquella ocasión hubiera conocido entonces, cosa que no era fácil por estar inédita, la magnífica obra del abate Eximeno, intitulada: *Don Lazarillo Viscardi*, que merced a la diligencia y laboriosidad de mi amigo Barbieri salió a luz pocos años há, hubiera podido robustecer su aserto con la autoridad de aquel sazonado polemista y polígrafo esclarecido.

El disertante de la sentencia musical últimamente apuntada arriba, defendió su tesis de la siguiente manera:

— *El músico que más sabe, no sabe comunmente más que Música.*

Delirante, como el que más, por esa tierna expansión que recibe el alma mediante la influencia de la diversa combinación de los sonidos, deploro, como el que más también, que la generalidad de los profesores músicos se dediquen exclusivamente a la práctica del arte, desentendiéndose por completo del cultivo de la ciencia. Por eso adolecen nuestros métodos de enseñanza musical de no pocos errores en lo tocante a la parte expositiva, careciendo ante todo de las leyes que enseña la Lógica, ó sease de raciocinio. Como regularmente no aprende lenguas extranjeras el músico español, y hoy por hoy ni siquiera la latina, ¿qué mucho que ni el compositor ni el cantante sepan por dónde se andan al tener que recorrer ese terreno respectivamente, dando uno y otro cada traspie sintáctico, prosódico ú ortográfico, que espeluzna? Ayunos, en su mayor parte, de todo linaje de conocimientos científicos y literarios, indispensables para merecer de justicia el dictado de profesores, y mucho más el de maestros, desconocen los principios rudimentarios de la Filosofía, y, por tanto, carecen de toda noción esencial de Historia, Poesía, Acústica, etc., y, sobre todo, de la *Filosofía de la Música ó Estética musical*.

Al contemplar yo que todo el mundo se llama músico, y lo sumamente difícil que es hallar un músico en el mundo a quien competa de justicia semejante calificación, no puedo menos de exclamar para mis adentros: El mayor enemigo que tiene la Música, así como su hermana la Poesía, es su inmediatez. Porque yo advierto que el niño canta, que la cocinera canta, que el cochero canta, que el barbero toca la guitarra, que el pastor toca el caramillo, y que el ciego mendigante va por las calles rascando el más ingrato de todos los instrumentos cuando está mal tocado, cual lo es el violín, y la mayor parte de dichos sujetos no saben siquiera leer ni escribir; en tanto que no conozco persona alguna que se ponga, v. gr., a dirigir un buque, si no ha estudiado previamente Náutica en unión de las demás ciencias auxiliares suyas... Pero aquí echo anclas para hacer escala al principio de nuestra travesía, porque advierto que, siendo muy largo el derrotero, no es posible continuar hasta llegar al puerto deseado.

Después de unas palabras tan razonadas, y dichas con esa entereza que dicta el espíritu de convicción, vino a la sala abajo a puro palmoteo; y como, después de esta verdadera oración académica, nadie se atreviera a seguir terciando en el juego, procedióse en seguida a la imposición de las penas que las prendas reclamaban.

Hecho esto, casi todas las familias se retiraron, y de los pocos sujetos que nos quedamos, fué uno el último disertante, con quien departí un buen rato después, hasta que lo avanzado de la hora, especialmente tratándose de provincia, donde la vida nocturna no se asemeja a la de Madrid, nos obligó a poner en ejecución el refrán de *cada mochuelo a su olivo*.

Aquellas últimas palabras, y su ampliación en la conferencia privada subsiguiente, no cayeron para mí en saco roto; por lo que me entregué en adelante, y en mis momentos de ocio (si es que momentos de ocio he conocido en mi vida), al estudio y a la observación de cuantos fenómenos pudieran converger al cultivo de la *Filosofía de la Música*. Mucho he tenido que leer, especialmente en lenguas extranjeras, para poder allegar al cúmulo de datos tan varios como interesantes que atesorados tengo acerca del particular, máxime cuando tan dispersos se encuentran por las obras de los preceptistas, hasta haberlos estudiado y comparado entre sí con el fin de alcanzar su debida aplicación y formar en consecuencia el cuerpo de doctrina que, en forma de curso escolar, he llegado a trazar de esta facultad tan importante como postergada en nuestro suelo, y de cuyo estudio no debería eximirse a los principales centros de enseñanza.

Pero, basta ya de digresión.

Lo bueno dura poco, y así tuvo que suceder con estas reuniones. Yo, que estaba entusiasmado con el vuelo que al abrigo de estas conferencias familiares podía tomar en días no lejanos el estudio tan importante de la *Paremi-*

logía; yo, que contemplaba que con semejante medio se alejaban de la generalidad de nuestras tertulias los dos elementos más esenciales que las constituyen por regla general, perjudicial el uno é inútil el otro, a saber: la murmuración y la futilidad; yo tuve que experimentar en el albor de mi vida el amargo desengaño de que las *tertulias* de nuestro siglo no corresponden a la etimología de la palabra, por punto general, pues en lugar de discutirse sobre puntos de las obras de *Tertuliano*, ó de cualesquiera otros escritores, en las reuniones que se celebraban en la corte en tiempo de Felipe IV (si es que la Historia no falta a la verdad en este particular), la tendencia era a quitar el pellejo al prójimo, a hablar de trapos, de política (que siempre me apesó), a bailar, y a tocar en el piano alguna danza ó alguna polka, tocadas que, en último resultado, venían a experimentar igual suerte por parte del infeliz ó la infeliz que ejecutaba primorosamente una pieza de gran dificultad, a saber: que mientras el ejecutante rendía culto a la deidad que preside a la *Música*, los asistentes se entregaban a la charla y a la risa, en menosprecio del arte y con infracción de las leyes que dictan los tratados de Urbanidad y Cortesía; por eso, hastiado de contemplar una sociedad tan fútil y baladí, creí que lo más acertado era *irse con la música a otra parte*, como en efecto lo hice.

JOSÉ MARÍA SBARBI

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Continuación)

Por fortuna no te ha ocurrido accidente desgraciado alguno, según acredita aquella lista de mentecatos empeñados en ilustrar a las masas. Buen cuidado pasé antes de leerla, a pesar de lo preocupado que otros asuntos me tenían; y tú también habrás andado cuidadoso por mí, hasta recibir estas letras, y con ellas una nueva protesta del profundísimo cariño que te profeso (piensa, si quieres, que soy un adulator porque estás en candelero y yo peor que en candil) y una confesión de mis culpas y pecados.

Con que decíamos,—reanudando la narración en el punto hasta el cual estás en autos,—que me dejaste con la carta para el señor de Fueros, la cual surtió todo el efecto, y más, que tú previste.

Don Ramón se prendó de mí, — y perdona la inmodestia, — por mis condiciones de carácter y también por mi decidido aborrecimiento al liberalismo; y eso que yo al lado del señor de Fueros podía buenamente pasar por un demócrata de la extrema izquierda.

Quedé, *ipso facto*, invitado a los jueves como tertulio de primera clase; esto es, de los íntimos y predilectos, y quedé Calipso contentísima de encontrarse allí, como en todas partes, conmigo.

Las veladas de los señores de Fueros, aun para el que no contase en ellas con una diosa de Ogiya, como yo, eran, en realidad, seductoras. Habitaban — y habitarán tal vez dichos señores — un espacioso y alegre entresuelo del paseo del Prado, algo alejado del centro de la villa, pero dotado en cambio abundantemente de luz y buen acomodo. Un salón y dos gabinetes, ahajados con gusto noble y severo, eran las piezas destinadas a las recepciones semanales, amén del despacho de D. Ramón, sitio predilecto de los fumadores, los lectores y los curiosos.

Para los primeros había siempre una bandeja de habanos; para los segundos periódicos é Ilustraciones, — sin contar con las obras de fondo de la biblioteca, — y para los terceros buen número de antigüedades. El señor de Fueros, amante empedernido de los tiempos pasados, procuraba hacerlos presentes, siquiera fuese mediante objetos de otra edad y todos españoles, — esta era condición *sine qua non*, — reunidos en el aposento donde habitualmente se hallaba, que era el referido despacho.

Pasto grande ofrecía, pues, a la curiosidad el tal aposento. Vestían sus paredes tapices fabricados en Madrid en el siglo XVII por el maestro Pedro Gutiérrez (según don Ramón me dijo). En la pared frontera a la puerta de ingreso destacaba una panoplia formada por arcabuces de rueda, espadas de gavilanes y de taza, pedreñales, una media armadura, un broquel, una ballesta, un montante y qué sé yo cuántas armas ofensivas y defensivas. A entrambos lados de la panoplia pendían dos hermosas cornucopias del pasado siglo; enfrente dos cuadros religiosos, del divino Morales el uno, y de Juanes, que también mereció igual apelativo, el otro; y sobre el sillón frailer de nogal y vaqueta con gruesos clavos dorados, un Cristo de bronce sobre una cruz de ébano, trabajo, notable en verdad, de ignorado artífice de la decimaséptima centuria.

Los muebles eran: una gran mesa de roble con hierros que afianzaban los pies; un arcón de nogal tallado con labores góticas y asegurado con soberbios herrajes de igual estilo; un varguño de la propia madera, con sus consabidos adornos de hierro dorado sobre escudetes de terciopelo, y una librería, — enorme armario del pasado siglo — de traza arquitectónica y ornamentación barroca, pero muy bella.

Añade a lo citado una multitud de objetos menudos, todos cargados de años, — entre ellos un trozo de verja, preciosa sin duda, del famoso Juan de Salamanca, y dos

angelillos esculpidos en roble por Gaspar Becerra, — y tendrás bosquejado el despacho de D. Ramón de Fueros, según los datos que repetidas veces le oí al enseñarme y describirme sus antiguallas.

¿A qué pintarte lo que tú, antes que yo, conocías? No sé; es que la pluma se complace en recorrer como líneas señaladas por puntos, perfiles de recuerdos, que se han quedado fijos en mi memoria como en una plancha de grabado al agua fuerte.

Pero si conoces el despacho, y sin duda las habitaciones todas de aquel inolvidable entresuelo, probablemente no conocerías (supuesto que sólo de negocios tratabas con el señor de Fueros) a sus dos hijas; cuanto más conocerías la menor.

D. Ramón, como sabes, es viudo desde hace seis ú ocho años. Le dejó al morir su esposa, — señora excelente a lo que he oído, aunque muy romántica, como que le cogió de lleno el romanticismo imperante del año 30 al 35, — le dejó, decía, a más de un cuantioso caudal, dos niñas, una de doce a trece años y otra de diez y ocho a veinte.

Habrás visto y hablado tal vez, repito, a la pequeña, Angelita; jovial, vivaracha y comunicativa como ella sola; algo morena, de pelo castaño, más graciosa que bonita, pero en extremo graciosa. Es de esas jóvenes con las que se intima al segundo coloquio, que quizá no llegan a apasionar nunca, pero que nunca dejan de agradar y de inspirar afecto. Era el alma, y como la luz y el calor de las reuniones; para cada persona tenía una sonrisa y para cada ocurrencia una carcajada. No paraba un punto, y ni un punto se aburría ni dejaba aburrir a nadie. Parecía propiamente un ave: golondrina en el paseo; pavo real en el salón; en el charlar cotorra y en el cantar calandria.

La hermana mayor, Teresa, significaba el polo opuesto; no parecían hermanas. Frecuentaba yo más de un mes la casa y aun no la conocía. Sabía que Angelita tenía una hermana de más edad; había oído que era guapísima, y me habían contestado, al preguntar por qué no salía a la sala los jueves: «¡Qué quiere usted! ¡Es tan rara!»

Un jueves, por fin, salió; parece que se lo había ordenado terminantemente su padre, y con el señor de Fueros no se podía andar con bromas. Salió, pues, y aunque me llames, como tantas otras veces, impetuoso, impresionable y exagerado, te diré que quedé absorto ante semejante criatura.

¡Qué mujer, Leonardo, qué mujer! En la plenitud de la vida y de la belleza; alta, fuerte, robusta; de color pálido pero no enfermizo; de cabellos y ojos negros como la noche... pero noche rica en luceros, a juzgar por sus ojos; de labios de color de fuego y que como el fuego quemaban; de seno elevado y recio como un peto de la Edad media; de encanto, en suma, tan poderoso é imperativo, que tengo por necio ó de estuco al hombre que al verla no se sintiese, sin más preámbulos, enamorado furiosamente de ella.

No escapó a la penetración de Calipso el trastorno que la presencia de Teresa produjo en mi inflamable persona. Acudió al quite dirigiéndome a hurtadillas una mirada muy elocuente, acompañada de un pisotón más elocuente todavía. ¡Pero bueno estaba yo para hacer caso de ojos ni de pies que no fueran los de Teresa!

Dirás, para tu sayo, — estoy seguro, — que, como de costumbre, me dejé arrebatar de la primera impresión y que sin más ni más solté a correr hasta desbocarse mi fantasía... Pero te juro que si tú conocieras a la primogénita del señor de Fueros, — pues repito que no la habrás visto, ó la habrás visto de lejos ó de paso, — si no te entusiasmas como yo, aprobarías por lo menos mi entusiasmo.

Luego, ¿a qué andarme con remilgos escribiendo a un hombre y por añadidura tan amigo mío como tú? La belleza de Teresa es de las que tocan a rebato a los sentidos. Será tal vez que yo he pecado siempre de epicúreo, — de cuyo pecar no me arrepiento; — será que, enamorado ó no, siempre he buscado en la mujer algo más que los dones del espíritu; será lo que fuere; lo cierto es que Teresa, desde que la conocí, me inspiró un deseo amoroso tan ardiente, que si su ardor se hubiera convertido en llamas reales y efectivas, poco hubiera tardado en arder el entresuelo de D. Ramón...

Por otra parte, adiviné ó creí adivinar, — juzgando tal vez por mi impresión la ajena, — que Teresa, a pesar de su apariencia fría y dura, a pesar de su talante severo y casi esquivo, era como las chimeneas modernas: por fuera mármol labrado y ligera pantalla de seda ó cristal; por dentro un horno.

Escapé, sin disimularlo mucho, del lado de Calipso, — que se quedó mordiéndose el pañuelo a falta de carne de Rafael, — y acercándome a Angelita, le rogué que me presentase a su hermana. Cumplió al punto mi ruego, y a pesar de que Teresa me recibió ceremoniosamente, me nudeé con ella las galanterías, acentuándolas bastante más de lo que es uso cuando sólo forman parte de los juegos de conversación.

Pero repuso, — ó dejó de responder, — con tal sequedad a mis avances, que me dejé arrebatar por el despecho; dí media vuelta, tan bruscamente que pudo semejar grosería, y volví, enviando muy enhoramala a la orgullosa señorita de Fueros, a sentarme al lado de Calipso, que se había comido ya la mitad del pañuelo.

Para excusar mi escapatoria y para vengarme, ¡qué necesidad! de la esquivez de Teresa, hice tales extremos con la semi-viuda que todo el mundo se fijó en nosotros, y hubo necesidad de que Angelita, que era un diablo de chiquilla a quien nada le caía en saco roto, se instalara en el piano y preludiase un wals que puso en movimiento y distrajo a la gente joven.

Nos reportamos, al fin, mi amiga y yo, y la archiduquesa Teresa de Austria (como yo la confirmé para mis adentros) se dignó reparar en las maniobras de Telémaco y Calipso, mediante las cuales habíamos divertido de lo lindo a la reunión durante un cuarto de hora.

Llegó la de que ésta, terminase, y cada cual se encaminó a su domicilio. Me despedí muy políticamente de Teresa, la cual, ¡cosa rara! al darme la mano sonrió.

La sonrisa me valió un empujón mayúsculo de Calipso, que sofocada por el calor de la sala y por la rabieta, al salir al fresco de la calle cogió un pasmo que le costó diez días de cama.

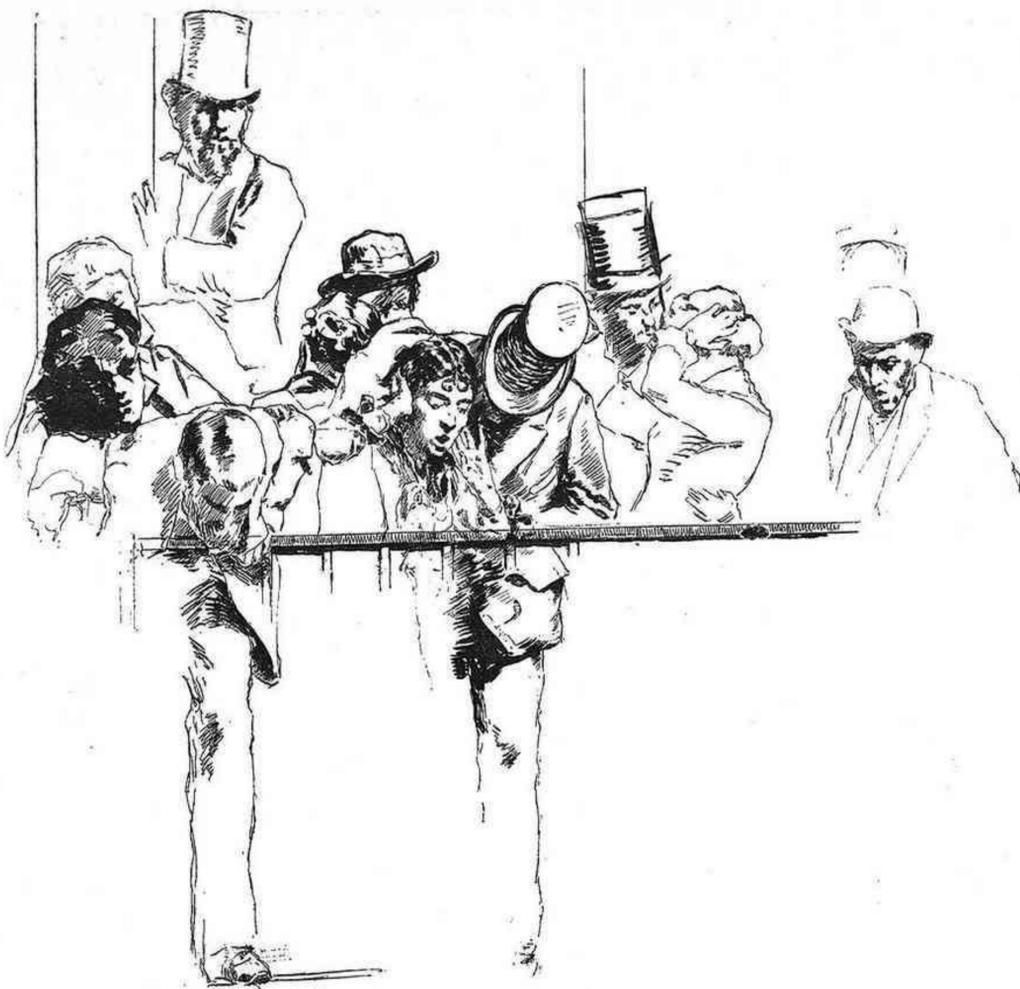
Consigno este hecho, no tanto (lo confieso avergonzado) por lo que atañe a la salud de mi entrañable amiga, cuanto porque a causa de su indisposición no pudo asistir el jueves siguiente a casa de las de Fueros. Yo, en cambio, fui, a pesar de haberle prometido pérfidamente lo contrario.

Aquella noche D. Ramón, que era muy aficionado a la música, había llevado a un notable pianista que tenía embelesada a la tertulia. Hallábanse agrupados todos al rededor del piano, y yo, más mohino de lo que era justo por no haber divisado en ninguna parte a Teresa, pasé del salón al gabinete y de éste al despacho, donde solía entrar a fumar un cigarrillo.

Al ir a dejarme caer, aburrido, en un sitial gótico,—procedente sin duda del coro de un monasterio,—volví los ojos al mirador que daba, de día, luz al despacho, y reconocí la figura de Teresa, asomada al exterior y vuelta de espaldas. Disfrutaba sin duda del apacible ambiente de la noche: estábamos en junio.

Me acerqué a ella, y poco más ó menos, sostuvimos este diálogo:

— A los pies de V., señorita.



¡AH!!!... apunte para un cuadro de A. Fabrés

— ¡Hola! ¿Es V., señor de Mendoza? ¿Y cómo ha venido V. estando enferma Calipso?

¡Ah! dije para mis adentros: ¡peleamos sin visera y frente a frente! ¡Pues no seré yo el que retroceda! Contesté en voz alta:

— Porque vengo a ver a usted.

— ¡A mí! ¿Y para qué?

La pregunta, por lo terminante, hubo de dejarme

me deleitaban tanto que quería hacerlas más profundas.

— No me acercaré en toda la noche.

— Tendrá V. que reñir con ella.

— Reñiré.

— ¿Y qué habrá V. ganado con ello?

— Obedecer a usted.

— ¿Y nada más?

— Usted juzgará si merezco alguna recompensa.

perplejo y algo turbado. Verdad es que había salido también al balcón y que tenía junto a mí el rostro de Teresa, bañado de lleno por la luz del farol más próximo de la calle, y la hermosura de aquel rostro me atraía de igual modo que atrae en una gran altura el abismo: siente uno deseos de precipitarse a él, sin reparar en el peligro.

— ¿Para qué? — repetí; — para decirle a V. una cosa muy antigua y muy cursi, pero que no puede decirse de otro modo: que desde hace ocho días, desde el mismo momento que la ví a usted, me tiene V. perdidamente enamorado.

— ¿De veras?... ¿Y Calipso?

— ¡Dale con Calipso! Déjeme en la cama, ya que está enferma.

— Corriente, la dejo; pero el jueves próximo estará ya buena, a Dios gracias, y vendrá.

— Es posible,—repuse impaciente,— pero...

— ¿Y qué hará V. en tal caso?

No eran preguntas las de aquella mujer, eran incisiones con una navaja de afeitar; tal me parecían de frías y cortantes.

— Pues... haré... haré lo que usted quiera.

— Muy bien. ¿Y si lo que quiero es que en toda la noche se acerque V. a Calipso?

No era cosa de titubear; además, si su lengua era, como apuntado queda, un tajante cuchillo, sus ojos eran dos puntas que se me hundían en las entrañas. Sin embargo, unas y otras heridas



PINTURAS DECORATIVAS, de Arturo Fitger

— ¡Ah! ¿Luego obra V. por interés?

— Sin duda.

— ¿Cuál?

— El de agrandar á usted.

— Es que V. no me desagrada.

— ¿De veras?

Esto fué casi un grito, y con toda el alma.

— ¿Quiere V. hacerme el obsequio de ver dónde está mi padre?

Me asomé al salón, volví y dije:

— Entregado en cuerpo y alma á una «polonesa» de Chopin que está tocando el pianista.

— Bien; acerque V. dos escabeles: estaremos mejor sentados... Sí, aquí, al balcón. ¡Qué noche tan hermosa! ¿Verdad?

— A mí me parece tempestuosa.

— ¿Cómo?

— Al lado de V. un hombre que siente no puede estar en calma.

— Ya... ¿Y está V. muy enamorado de Calipso?

— ¡Pero Teresa!...

— ¿Quiere V. responderme?

— Quiero... Lo estuve algo, algo nada más; pero dejé de estarlo el jueves último.

— ¡Ah!... ¡Pobrecilla!

— Hace V. mal en burlarse de ella, y más aún en prevalerse de estas confesiones, que usted me arranca sin que pueda yo resistir.

— Míreme V. á la cara, señor de Mendoza, — y se irguió altanera, — y dígame si me cree capaz de los chismes é intrigas de otras mujeres.

— Perdone V., — balbuceé ofuscado.

— Quedamos, pues, — siguió Teresa con el mismo acento cortante, — en que no quiere usted ya á Calipso.

— Y en que sólo quiero á usted.

— Corré V. que vuela.

— ¿Ha visto V. nada que corra con más rapidez que un incendio?

Te juro, Leonardo, que hablaba como sentía.

Dobló Teresa la cabeza sin contestar; permaneció breves instantes silenciosa, y después, alzando el semblante y mirándome de hito en hito, dijo con voz dura y acento grave:

— Usted no sabe que tengo novio...

La temperatura cambió para mí de improviso al oír esto de manera que sentí el mismo frío que en diciembre.

— ¡Novio!... ¿Y quién es? — pregunté con rabia.

— Nada importa para el caso.

— ¿Y dónde está?

— Repito lo mismo. Sin embargo, para que vea V. si soy complaciente, le diré que no está en Madrid.

— ¿Y V. le quiere?

— ¡Oh! amigo mío, eso es mucho preguntar.

— Tiene V. razón. Me paso de indiscreto y aun de inoportuno. Usted perdone. A los pies de usted.

Y me aparté para marcharme; no veía de pena y de coraje.

— No sea V. tan vivo ni, sobre todo, tan exigente. Aguarde V. el fin... Ya sabe V. que hasta el fin nadie es dichoso.

No sé yo, querido Leonardo, si lo que hacía aquella peligrosísima mujer era y se puede llamar coquetería. Lo negaba en cierto modo su actitud, siempre arrogante; el fulgor, más bien sombrío que provocador, de sus ojos; el sonido penetrante y duro de su voz.

Sé tan sólo que me detuve mareado, lo que se llama mareado, como si anduviese por alta mar en una lancha... Y lo peor es que navegando en plenas olas con tal embarcación lo de menos es marearse; porque hay riesgo inminente de naufragar.

Como sucedió. Verás, si no, lo ocurrido.

— Hace V. mal en burlarse de mí... — continué, — ó por lo menos en echar á broma lo que hablamos, porque me tiene de tal manera trastornado la hermosura de usted... (esto lo decía yo muy junto á ella, echando lumbre por los ojos y con el gáznate seco) que daría, ¡ya lo creo que los daría! diez años de vida por... por...

Al llegar aquí noté que iba á cometer un tremendo desaguisado, y pude contenerme.

— ¿Por qué?

— Por nada, — contesté fosco.



ESTUDIO, de Rafael Sanzio, copiado del original que se halla en el Museo Albertina de Viena

— Me fastidian soberanamente las personas que en sus palabras ó en sus acciones se quedan á mitad camino.

¿Aquello era desafiarme?

— Es que temo...

— Lo que ha de temer V. es impacientarme, como lo está V. consiguiendo, ó cansarme, como lo va V. á conseguir... Con que hable V. claro y pronto, — ordenó con imperio, acercándome la cabeza á la vez que clavaba sus ojos en los míos como dos arpones de hierro.

«El todo por el todo,» pensé enloquecido.

— Pues bien, los daría... por un beso.

No bien pronuncié frase tan audaz, me arrepentí... El efecto que le produjo á Teresa fué terrible; se le encendió el rostro como si fuese de cristal y tras de él ardiese de improviso una hoguera; luego se puso otra vez pálida, ¿qué digo pálida? blanca como el papel en que te escribo. Noté al propio tiempo claramente que temblaba de pies á cabeza, y tanto, que retrocedió y se dejó caer en el asiento más próximo al balcón, cual si le faltara apoyo para sostenerse.

— ¡Teresa! — exclamé asustado. — ¿Qué le pasa á usted? ¡Perdóneme V.! ¡Estoy loco, loco! Yo...

Resonaron aplausos en el salón; luego, muy cerca, voces; había terminado sin duda su misión el pianista, y los oyentes se diseminaban por las habitaciones para charlar. Ibamos á tener testigos en el despacho de D. Ramón; quizá á D. Ramón mismo.

Teresa se irguió con el ímpetu de una hoja de acero toledano que después de encorvada se suelta; me dijo con voz precipitada y ronca, pero clara: «Mañana, á las dos, bajo de estos balcones;» y salió con tal rapidez por la puerta de escape, que cuando llegaron tres ó cuatro fumadores al despacho, sólo me vieron á mí con la misma cara y ademán que si me hubiera caído encima de la cabeza el colosal montante de la panoplia del señor de Fueros.

Adivinarás fácilmente que aquella noche no volvió á salir Teresa á la tertulia y que á la siguiente, ó más bien á la madrugada del tercer día, estaba yo, como buen galán español, al pie de los balcones de la casa. Porque, claro es, que las dos, hora á que me había citado la terri-

ble hermana de Angelita, no podían ser las dos de la tarde, hora de mucho tránsito por el Prado, incluso por aquella parte, frontera ya al Jardín Botánico y la menos concurrida.

En cambio, después de media noche apenas cruzaba nadie por allí, y por lo tanto, á excepción del sereno, sólo una ó dos personas ví pasar en todo el tiempo que permanecí junto á los balcones.

Eran éstos muy cercanos al suelo; D. Ramón padecía de agobios y no podía subir escaleras; por esta razón habíase edificado años hacía aquella casa, dotando como sabes, de la mayor comodidad, holgura y buen aspecto el piso que, más que entresuelo, era bajo.

Las dos y siete minutos señalaba mi cronómetro de bolsillo cuando se abrió, muy despacio, según era de presumir, el último balcón de la fachada, hacía la parte de Atocha; asomó Teresa, me vió, sacó un almohadón al alféizar y sentándose en él, al ras del pavimento de la habitación, me increpó antes de que yo abriese la boca, en estos términos:

— ¿Cómo está Calipso?

— Pero Teresa...

— ¿Cómo está Calipso?

— Mejor.

— ¿Sigue aún en cama?...

— Sí.

— Y V., ¿ha pasado allí la tarde?

— ¡Yo!

— O tal vez la noche, hasta ahora...

— ¡Pero Teresa!

— Si no me contesta V. clara y terminantemente á todo, sin embajes ni disimulos, no aguardaré tanto como el jueves; cerraré el balcón y le dejaré á V. solo.

Decía esto con el aire enérgico y decidido que le era peculiar; yo la miraba hablar, y de golpe comprendí lo que medio barruntaba desde la última noche en que habíamos conversado.

Teresa, sería buena ó mala; fría como una losa de sepulcro ó ardiente como una bocanada del infierno; me querría por amor ó por juego, para su dueño ó para su dominguillo, pero era indudablemente una mujer especial, exterior y casi superior á las leyes sociales en uso, y con la cual sería un sandio si empleaba el lenguaje, los recursos y las costumbres de los devaneos triviales y de los galanteos ordinarios.

Aunque la comparación te parezca rara, diré que había que tratarla como un domador á una leona: de frente y sin rodeos ni artimañas; pronto á la lucha, pronto á la muerte quizá; ora complaciéndola, ora amenazándola, sin engañarla nunca, ni pensar nunca que era una gata y no una leona: resuelto á que se me rindiera ó á que me devorase.

— Sí, vengo ahora de su cuarto, — dije.

— Hace V. bien en ser franco.

— Por lo mismo añadiré que la he querido, que la quiero todavía, pero que V., sobre todo cuando me mira y está cerca, me subyuga de un modo que ya no hay quien conserve ascendiente sobre mí.

— Sí, pero cuando se aleja usted...

— Si llevara conmigo un recuerdo que fuera para el alma como el sello candente de los antiguos forzados para el cuerpo, ya no habría, ni ausente ni presente, nada para mí en el mundo más que usted.

— Ese sello, — y sonrió de manera que casi me dió miedo, — es por el que daría V. diez años de vida, ¿no es verdad?

— Sí.

Callamos.

— ¿Y qué piensa V. hacer de Calipso?

— ¿Y V. de su novio?

— ¡Mi novio!... Contésteme V. terminantemente, como á mí me gusta, y al punto trataremos de mi asunto, se lo prometo.

— Pues bien, terminantemente, haré lo que V. quiera.

— No ir á verla.

— No iré.

— No recibirla V. en su casa...

— ¡Cómo! ¿V. piensa?...

— Estoy segura.

— No vendrá.

(Continuad)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN